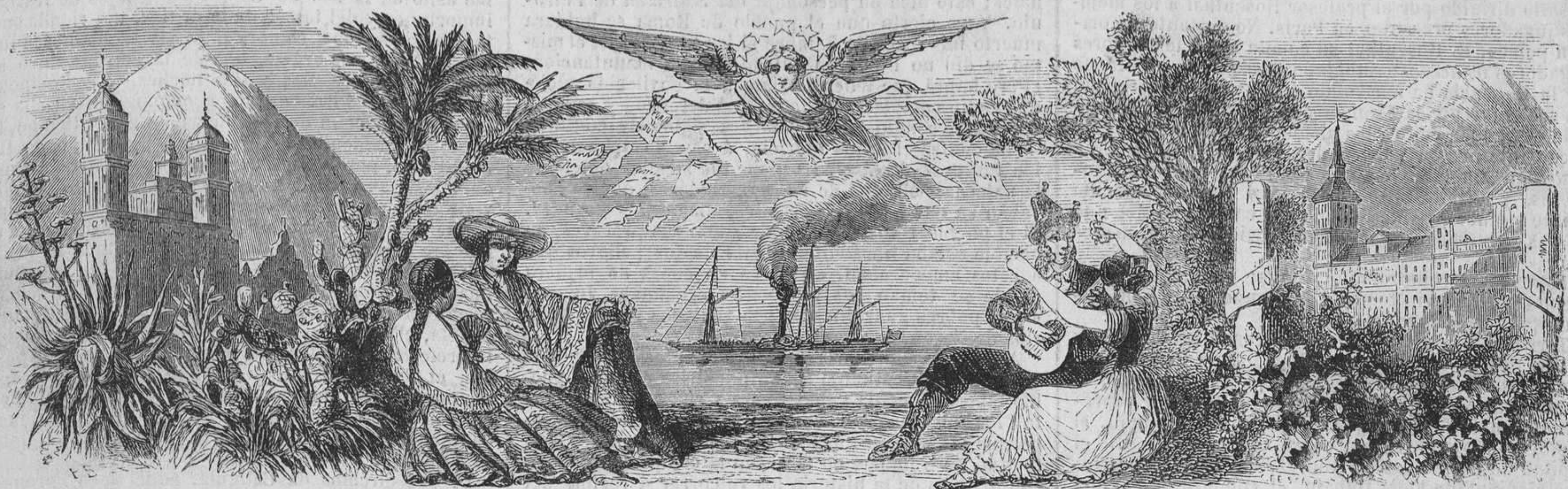


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873. — Tomo XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 32. — N° 1,049.

SUMARIO.

Desafío al ajedrez; grabado. — La glotonería en Roma. Tipos de Paris: Patinadores del 13° distrito; grabado.

— La nevera del 13° distrito de Paris; grabados. — Revista de Paris. — La Dama de Lyon, ú orgullo y amor. — El nuevo teatro de la Opera en Paris: Vista general de la plaza; grabado. — La Armenia y la Persia. —

Ejercicios de tiro del ejército prusiano; grabado. — Actualidades parisienses, por Bertall; grabados. — La ciencia del hombre de bien. — « La muerte de Virginia, » cuadro de James Bertrand; grabado.



Treinta partidas de ajedrez en el Café Catalain de Paris.

Desafío al ajedrez.

El viernes 24 de enero de 1873, ha habido en París una gran sesión de ajedrez en los salones de M. Cate-lain (Palacio Real), donde casi puede decirse que se reunieron representantes de todo el mundo. Era un desafío dirigido por el profesor Rosenthal á los mejores jugadores presentes en París. No obstante su origen polaco, M. Rosenthal se cuenta entre los mejores jugadores franceses; refugiado desde 1864, en el café de la Regencia ha aprendido á jugar, y por gratitud ha sostenido por la Francia y ganado, no solo la partida empeñada contra los alemanes en el famoso congreso internacional de Baden Baden, sino un gran *match* que hubo en Londres contra los campeones ingleses, y en Ginebra, donde jugó simultáneamente veinte y cinco partidas dando un caballo á cada uno de sus adversarios que fueron vencidos todos, menos uno.

Esta vez se comprometió á jugar simultáneamente treinta partidas sin tomarse de tiempo mas de un minuto para cada jugada.

Terribles adversarios respondieron á su desafío; y entre ellos se distinguían el jugador de San Petersburgo, M. Biscrowni, el célebre polaco Winawer, el príncipe de Villafranca, que pasa por el mejor representante del ajedrez italiano, el príncipe Mingoli, el doctor Landowski, el famoso español señor de G., el capitán de fragata barón Andrés, el capitán Loc Mario, el diputado Felix Dupain, el compositor Samuel Levi, M. de Prader, enviado por la Suiza, y otros muchos de diversas naciones.

Únicamente se excluyó á los alemanes.

La partida comenzó á las ocho y media en punto. Era un espectáculo notable el que ofrecía aquel salón silencioso y lleno de gente: Rosenthal, con la frente pensativa ante la multitud de combinaciones de todos aquellos tableros, pasaba lentamente de uno á otro, moviendo cada vez una pieza con mano nerviosa.

Todos los ojos observaban con interés sus jugadas; entre los concurrentes habia personajes célebres y hasta señoras.

Hicieron mas de 1,000 jugadas en cinco horas; y por fin, á la una y media, M. Rosenthal, rendido de cansancio, habia ganado veinte y cuatro partidas, hecho tablas una y perdido tres.

No hemos podido conocer mas que dos de los tres vencedores, el barón Andrés y el príncipe Mingoli.

L. H. D.

La glotonería en Roma.

(Conclusion. — Véase el número 1,048).

Sería hacer interminable este trabajo si fuéramos á describir minuciosamente el fastuoso aparato de aquellos festines, el decorado de los cenáculos, la suntuosidad de los lechos en que reposaban los convidados, la riqueza de las mesas y la brillantez del servicio. La seda y la púrpura, el máfil y el ébano, la plata, el oro y las piedras preciosas eran los únicos materiales que entraban en su construcción. Jamás aparecía en las mesas verdaderamente suntuosas un mantel lavado; la vajilla se mudaba completamente á cada manjar que se servía, y si durante estas operaciones se caía al suelo algun plato, fuese de oro ó de plata, era barrido con los demás despojos del festín. Los artifices habian agotado su ingenio cincelando copas primorosas en que era muy comun esculpir piedras de gran valor.

Habia heraldos para anunciar los platos que llegaban; hábiles trinchadores, discípulos aventajados de la academia de trinche que habia en Roma, donde se enseñaba á la perfección la anatomía culinaria, desmenuzaban artística y elegantemente las víctimas del festín; numerosos esclavos vigilaban atentamente el semblante de sus dueños para satisfacer con rapidez el menor de sus deseos. ¡Qué! ¡Si al patrono se le ocurría lavarse las manos, allí estaba un jóven esclavo de largos y blondos cabellos que corría á ofrecérselos para enjugarse en ellos!

Se perfumaba el ambiente con los mas ricos incienso de la Arabia; cantores y danzantes, venidos expresamente de los mas lejanos puntos del imperio, entretenían agradablemente á los convidados con sus nativos cantos y otras veces se representaban farsas durante la comida en teatros dispuestos al efecto. Llegó la originalidad de los encargados de organizar los banquetes hasta preparar por medio de resortes ocultos, rápidas mutaciones de escena, á estilo de comedia de magia, en que servicios y manjares desaparecían, de entre los dientes, puede decirse, de los asombrados huéspedes, para reaparecer instantáneamente otras mesas mas preciosas cubiertas de desco-

nocidos y admirables productos. Estando los comensales mas que hartos, les ofrecían nuevos manjares condimentados precisamente para reanimar el apetito, y las escandalosas orgías se prolongaban sin solución de continuidad dias y noches entre aquellos glotonos que no dedicaban su vida ni sus riquezas mas que á la satisfacción de su insondable vientre.

¿Qué hacia entre tanto la plebe de Roma? « El pobre pueblo perece en la miseria, mientras que estos privilegiados tragones celebran todos los dias Saturnales; esto dice un personaje del *Satirocon* de Petronio. Y es cierto que el pueblo de Roma se hubiera muerto mil veces de hambre si los tiranos que él mismo se dió no hubieran cuidado de su manutención. ¿Pero habrá que tener lástima á la envilecida plebe que cedió complacientemente todos sus derechos y toda la soberanía conquistada en largos siglos de continua lucha contra el órden patricio, á cambio del miserable *panem et circenses*? La plebe fué siempre objeto de la paternal solicitud de los emperadores, que se apoyaban en ella para vejar y atropellar á los grandes. Si el pueblo romano no comía como sus próceres, en cambio estaba libre enteramente de los peligros que á estos amenazaban. « ¡No es en copas de madera donde se toman los venenos! » exclamaba Juvenal « ¡las pobres guardillas no son visitadas por los sicarios de Neron! »

Además la glotonería de los opulentos daba por sí sola trabajo y estímulo á mil industrias en que el pueblo laborioso podía ganar honra y riquezas. En cuanto á los holgazanes que componían el inmenso número, porque los libres se desdénaban, por miserables que fuesen, de trabajar, no merecen la compasión del que con los ojos de la historia los ve correr á recibir del Estado la correspondiente ración de trigo y de los emperadores ó los que aspiraban á serlo las frecuentes dádivas pecuniarias, asediar á la hora de la espórtula la puerta de los particulares opulentos y aclamar ruidosamente en el Circo los sangrientos juegos que para su recreación gratuitamente se daban.

Mayor degradación era todavía la de los que se dedicaban al vergonzoso oficio de *parásito*. Así se llamaron primeramente en Atenas los ciudadanos que en virtud de algun gran servicio ó hecho notable, se hacían acreedores á la gratitud de la patria y eran mantenidos en el Pritáneo á expensas de la república; pero despues fueron llamándose del mismo modo los que acostumbraban vivir de la liberalidad de los poderosos, y cuando se importó en Roma el nombre y las costumbres de los parásitos, ya habian degenerado estos completamente en lo que hoy se conoce en América con el vulgar apodo de *guagueros*, y en España con el no menos vulgar de *gorrillas*. Los libertos sin oficio, los eruditos holgazanes, los bohemios de aquella época, los arruinados descendientes de las mas ilustres y antiguas familias, andaban por el foro, por los baños ó por las plazas públicas, y de casa en casa, y de mesa en mesa, mendigando invitaciones á comer, á cambio de las lisonjas que prodigaban á los opulentos glotonos. El orgullo de estos consistía en reunir muchos parásitos en sus mesas, no solo por gozar de la incesante adulación de aquellos famélicos huéspedes, sino para que fuesen testigos de sus grandezas culinarias y para que pregonasen por todas partes y acreditasen el gusto, el fausto y la profusión de sus banquetes.

Muchos patronos hacían pagar bien caras sus invitaciones, tratando á los parásitos de la manera mas incivil y despótica que darse puede, mandando servir á estos los manjares mas ordinarios, mientras que ellos devoraban cosas mas exquisitas, castigándoles si se atrevían á pedir ó coger algo y arrojándolos ignominiosamente de casa en lo mejor de la comida; pero todo lo soportaban con paciencia los desdichados parásitos con tal de que entre tanto rigor y tanto desprecio pudiera deslizarse algun suculento trozo del festín de sus tiranos. « ¿Cómo puedes sufrir tanta afrenta? exclama Juvenal denostando á un parásito. » Mas digno de solicitar esas deshonrosas comidas, es » morder el duro pan de los perros... ¡Anda, mendigo! » go! ¡Algun día te hemos de ver recibiendo bofetadas, mas aun, zapatazos de tu señor! ¡Eres un vil esclavo, digno de tales festines y de semejantes » amigos! »

V.

Solo nos resta ahora completar el cuadro, pintando también á grandes rasgos lo que fué la glotonería de los Césares, mejor dicho, la glotonería dueña del universo. ¡Preparémonos á disculpar todas las extravagancias anteriores.

Augusto no fué un verdadero gloton; sus cenas no pasaban ordinariamente de tres platos, según Suetonio, ó á lo mas eran de seis. Pero en cambio, el mismo autor nos da cuenta de una escandalosísima cena que dió el buen Octavio en la cual aparecieron los convidados vestidos de dioses y diosas, y el mismo Augusto vestido de Apolo, presidió la orgía en que no quedó exceso por cometer, ni virtud por escarner. Y no fué la única vez que aquel emperador dió á Roma atónita, tiranizada y hambrienta espectáculos semejantes.

Tiberio mostró desde su juventud las mas crapulosas inclinaciones; siendo legado de Augusto era conocido en el ejército por su intemperancia y le llamaban

Biberius en vez de *Tiberius*, *Caldius* en vez de *Claudius* y *Mero* en vez de *Nero*, palabras todas que significaban bebedor en latin soldadesco; al principio de su imperio trató de mostrarse severo encargando á los ediles que moderasen los precios de la pescadería; mandó que se cerrasen las tabernas, suprimió el oficio de pastelero, y en los convites públicos hacia gala de poner los manjares sobrantes de dias anteriores.

Esta rigidez duró hasta su retirada á su impenetrable asilo de la isla de Caprea; allí, lejos de testigos importunos y del temor de la crítica, dió rienda suelta á todos sus mal comprimidos vicios. Famosas fueron entonces sus orgías, una de las cuales duró sin interrupción dos dias y dos noches, y á Pomponio Flaco y Lucio Pison que le acompañaron en ella sin dejar de comer ni de beber en todo aquel tiempo, les nombró presidente de Siria al uno y prefecto de Roma al otro, porque decía: « son mis compañeros mas amables y amigos de todas horas. » A Sexto Claudio, viejo desvergonzado y corrompido, mandó que le aparejase una cena servida por doncellas desnudas; á un hombre infame que pretendía una cuestura se la dió nada mas que por haberse bebido en un banquete una gran ánfora de vino; regaló 200,000 sextercios á Aselio Sabino por haber compuesto un diálogo en que la seta, el papáfigo, la ostra y el tordo se disputaban la preferencia; instituyó un nuevo cargo en su palacio, el de inventar nuevas golosinas y placeres, y nombró intendente de dicho ramo á Tito Cesonio Prisco, caballero romano; y en fin, ¿quién se detiene á contar todas las extravagancias que cometió el gloton Tiberio?

¿Y qué diremos de Calígula, aquel loco coronado que se lamentaba de que durante su reinado no hubiese sucedido ninguna desgracia memorable como la derrota de Varo bajo Augusto, y bajo Tiberio el hundimiento del anfiteatro de Fidenas que costó la vida á mas de 20,000 personas? ¡Qué mayor desgracia podía suceder que reinar Calígula! Antojósele una vez hacer morir de hambre al pueblo de Roma, y al efecto mandó cerrar todos los graneros y alhóndigas. Despues, cuando en sus insensatas empresas derrochó los numerosos caudales que Tiberio dejó en el fisco, no hubo medio vergonzoso, extravagante y hasta horrible á que no acudiera para reponer sus rentas.

Todos los artículos de comer y de beber que se vendían en Roma satisfacieron un impuesto destinado á sostener la glotonería de Calígula. Este excedió en el gasto de sus comidas á todo cuanto hasta entonces se habia visto; inventó nuevos y rarísimos manjares, y queriendo imitar y superar á Cleopatra, dióse á sorber preciosísimas perlas disueltas en vinagre. Ponia á sus convidados panes dorados y manjares aderezados con salsas también doradas, diciendo: « Hay que ser miserable ó ser César. » El dia en que Querea y sus compañeros de conjuración le dieron la muerte, les costó tanto trabajo poder penetrar en la cámara donde Calígula estaba padeciendo una horrible indigestión producida por lo mucho que habia comido el dia antes.

El imbécil Claudio fué también un gloton extraordinario. Suetonio, historiador curiosísimo, de quien extractamos estas noticias, nos dice que Claudio no se levantaba de la mesa, sino que le tenían que levantar cargado de vino y de comida; el mismo autor, dando cuenta del poco miramiento que guardaba aquel emperador tratándose de satisfacer su desordenada gula, refiere que estando una vez fallando juicios en el foro, le dió en la nariz el olor de la comida que aderezaban para los sacerdotes en el inmediato templo de Marte y bajándose del tribunal corrió allá y se sentó á comer con ellos. Otra vez, tratábase en el Senado de las carnicerías y bodegones de Roma, y Claudio exclamó interrumpiendo la discusión: « Decídmelo, padres conscriptos, ¿quién de vosotros puede vivir sin morcillas? » Su muerte fué digna de un gloton: su mujer Agripina le dió un mortal veneno en un plato de setas, manjar que le gustaba mucho.

Llegamos á Neron, que á la crueldad de Calígula unió la reflexión que este jamás tuvo. A todos y en todo engaño al principio de su reinado. Benigno con las personas y considerado en las cosas, hizo sentir un modelo de príncipes. Corrigió con severidad los excesos, tasó los gastos superfluos, prohibió las grandes y suntuosas cenas que los ricos daban á sus clientes, convirtiéndolas en repartimiento de raciones, y hasta reformó el régimen interior de los bodegones, reduciéndolo á la condimentación y servicio de comidas casi pitagóricas. Pero bien pronto aquella moderación, hija del cálculo, con que supo acreditar y consolidar su poder, rotas las consideraciones y arrojada la máscara, se convirtió en la mas espantosa licencia, que se hizo mas horrible aun por la comparación que pudo establecerse entre una y otra época de su fatal reinado.

Neron se convirtió en lo que correspondía ser, en un gloton de bajísima esfera. Dióse por las noches á recorrer disfrazado los bodegones y tabernas de Roma, en donde ya no se observaban sus primeras pragmáticas y allí entre la gente de vida licenciosa, se entregaba á los mas repugnantes excesos. Robaba todo lo que podia en tiendas y en lupanares para despues venderlo en un sitio que á semejante tráfico habia destinado en su palacio, y cuando esto se hizo público dejó ya de ir escondido á cometer tales barbaridades. Daba banquetes que duraban dias y noches y cuyo despilfarro sobrepujaba á los de Calígula;

y muy á menudo en el campo de Marte ó en el Circo Máximo se celebraban homéricas cenas á que eran convidadas las mujeres mas perdidas de la ciudad, en cuya compañía se emborrachaba el César.

Cuando Neron bajaba por el Tiber hasta Ostia ó daba vueltas en el golfo de Baya, se armaban bodegones en toda la ribera del río y costa del mar en donde aquellas mismas mujeres se disputaban la preferencia para cenar con él; y á pesar de esta glotonería de tan mal gusto, en su palacio acostumbraba á regalarse con manjares á cual mas costosos y extraños, inventados por agentes exclusivamente dedicados á satisfacer los gustos del señor del universo. Para reanimar el apetito y alargar indefinidamente sus comidas, usaba Neron de un vomitivo que le desembarazaba el estómago de las viandas poco activas. Y en su miserable huida, cuando abandonado de sus soldados y perseguido por los emisarios del Senado encargados de darle la muerte, se vió obligado por la sed á beber en un inmundido charco, dicen que exclamó: « ¡He aquí el regalado refresco que tomaba Neron!

Galba y Othon duraron poco tiempo, aunque al primero le fué suficiente para acreditarse de extraordinario gloton; pero Vitelio, que pasó tambien por el poder como un relámpago, hizo época en los fastos de la cocina romana. « ¡El enemigo muerto siempre huele bien! » decia en medio de los cadáveres que alfombraban el campo de batalla de Bedriac con la copa en la mano y el semblante excitado por los excesos del triunfal banquete allí mismo celebrado.

No bien entró en Roma, celebró Vitelio su toma de posesion del imperio con un gran convite dado á los soldados en medio de la plaza pública, donde se sacrificó á la memoria de Neron. Un monstruo no podia menos de santificar á otro monstruo. Todo el día lo repartía Vitelio en cuatro comidas que se alcanzaban unas á otras y para abrir el apetito usaba el mismo específico que Neron. Obligaba á los amigos á que le convidasen, pero sin que el gasto de cada banquete fuera menor de 400,000 dineros. Fué famosa entre las mas famosas cenas romanas, la que dió un hermano suyo, en la cual se sirvieron 2,000 peces escogidos y variados y 7,000 aves; pero Vitelio sobrepusó aquella cena con la dedicacion de una enormísima cazuela, que tituló *el broquel de Minerva* é hizo llenar de entrañas de lenguados, sesos de faisanes y de pavos reales, lenguas de flamencos ó phenicópteros y lechecillas de lampreas: numerosos bajeles habian recorrido los mares del imperio desde el Cáucaso hasta las columnas de Hércules para proporcionar todo aquello. No es por consiguiente exagerada la cifra de Tácito que asegura que Vitelio gastó en los pocos meses de su imperio 900 millones de sextercios; y su casi único vicio era la gula!

Vitelio fué voracísimo; comía sobre los altares mientras sacrificaba y no dejaba de comer ni para viajar. Cuando salía de Roma entraba en todas las tabernas y hospederías del camino arrebatando cuanto encontraba, aunque fuesen manjares del día anterior y desperdicios ajenos. Vespasiano libró al mundo de aquel monstruoso vientre; mientras el vencedor de los judíos, aclamado emperador por las legiones de Egipto y Palestina se preparaba á imponer sus nuevos derechos, los pretorianos de Roma, sublevados en su nombre contra el feroz Vitelio, obligaron á este á que abandonase la capital. En tan angustiosos momentos no perdió el caído emperador sus voraces inclinaciones y huyó acompañado solamente de su cocinero y su panadero. Pero la justicia humana tenia preparado al incorregible gloton un terrible castigo; Vitelio volvió á Roma engañado por una falsa noticia que le anunció sucesos favorables á su causa y convencido por sus propios ojos de su desgracia, apenas pudo esconderse en la porteria del palacio, en donde fué mordido por los perros. Descubierta en su escondite, sacaronle de allí los soldados y le entregaron en manos de la plebe que le arrastró por toda la ciudad hasta las gemonias: aquel miserable cuerpo sirvió de blanco á los golpes de la rabiosa muchedumbre y su abultado vientre y grueso y encendido rostro, que marcaban claramente los excesos de una vida intemperante y glotona, dieron motivo á la rechifla de Roma entera. El deforme cadáver fué todavía arrastrado desde las gemonias hasta el río. ¡Suculento banquete tuvieron con él los peces del Tiber!

Después de Vitelio hay un gran paréntesis en la historia de los emperadores glotones. La fortuna llevó al trono de Roma á los Flavios y á los Antoninos, familias ambas que dieron al mundo señores algo mas prudentes, moderados y virtuosos. Además, después de lo que hemos relatado del voraz Vitelio, no significa nada la glotonería de Domiciano; ni la de Cómodo, que convirtió el palacio imperial en una taberna, que comía y bebía dentro del baño y que arrojó de la corte á hombres como el jurisconsulto Ulpio Marcelo, tan solo porque con su sobriedad parecia insultar la destemplanza del emperador; ni la de Didio Juliano; ni la de Carcalla, no bien comprobada, porque mientras Elio Esparkiano le atribuye este vicio, Herodiano Xifilino, adicionador de Dion Casio, le llaman parco y austero en la comida; ni la de Macrino, ni la de algunos otros emperadores que, como fugaces relámpagos, cruzaron apenas por el sólido romano.

Para encontrar algo de nuevo y edificante en la materia, hay que remontarse á Heliogábalo, monstruo de concupiscencia, último y magnífico eslabon de la cadena de glotones romanos y dignísimo remate para el cuadro que hemos procurado bosquejar. Y con objeto

de llenar la laguna que hay entre Vitelio y Heliogábalo, daremos cuenta lo mas concisamente de algunas particularidades ocurridas entre los ciudadanos de Roma que durante los emperadores florecieron en el vicio.

Los Césares tuvieron siempre á su lado personas de grande aficion y notables conocimientos en materias gastronómicas, las cuales dirigian esta parte de los placeres del principe. De los mas conocidos fué Petronio, el escéptico, autor del banquete de Trimalchion que tan famoso documento ha dejado á la posteridad para conocer el estado de la glotonería en aquella época; admitido á la intimidad de Neron, fué durante algun tiempo su mejor compañero de orgia, hasta que excitada la rivalidad de Tigelino tuvo que darse la muerte para evitar la que este infame privado le tenia preparada.

Tambien Domiciano tuvo en su íntimo consejo altos personajes que eran mas entendidos en cosas de cocina que en la administracion y gobierno del imperio.

Pero quien antes de esto habia eternizado la memoria de la glotonería romana fué el famoso Marco Apicio, que vivió en tiempo de Tiberio y escribió un tratado de cocina, donde expuso las mas originales teorías acerca de la condimentacion de los manjares, invenciones suyas ó copias perfeccionadas.

Se dice de él que con sus conocimientos culinarios ganó sumas enormes, pero que las consumia todas, y tambien su caudal que era considerable en nuevos experimentos de platos rarísimos, y sobre todo, en darse á sí mismo un trato tan suculento y regalado que gastaba sobre 700 duros en cada comida; arruinado completamente, lleno de deudas y no pudiendo satisfacer mas su lujoso apetito por falta absoluta de recursos, se dió la muerte desesperado.

Con el ejemplo que daban los emperadores, sus súbditos llegaron en el desórden de la gula hasta el último extremo. Algunos magnates egoístas no admitían convidados en su solitaria mesa; pero esta se llenaba como si se sentaran en la mesa docenas de voraces parásitos, y no era raro ver servir á un solo hombre ¡un jabali entero! Las muertes por indigestion llegaron á ser frecuentes, y cuando ocurría alguna, los glotones amigos del difunto ensalzaban su memoria diciendo: « Ha muerto como un héroe al pié de la brecha » y corrían á los cenáculos con el afán de imitarle.

VI.

Solo nos resta ya Hablar de Heliogábalo, de aquel jóven afeminado é impúdico que se hizo llamar emperatriz y que manchó con todo linaje de abominables excesos la majestad del imperio romano; Heliogábalo excedió en la gula á Vitelio, en la torpeza de sus pasiones á Cómodo, en crueldad á Neron y en locura á Calígula, y reunió en un solo cuerpo todos los vicios en que se habian señalado los mas infames de sus antecesores. El de la glotonería fué de los que le dominaron y en que rayó á mayor altura: no en balde se jactaba de imitar á Apicio en su vida privada y en la pública á Neron y Vitelio.

Siendo aun particular, fué Heliogábalo el único que usó manteles de oro en su mesa, y estufas y pucheros de plata maciza en su cocina; daba festines de diferentes colores, porque cada día adoptaba uno en que uniformemente habian de distinguirse todas las salsas y todos los manjares; inventó la mezcla del poleo y de la almáciga con el vino, añadió piñones molidos al vino de rosa, hizo otra porcion de brebajes desconocidos hasta entonces y aumentó el repertorio del cocinero con muchos manjares tan extraños como costosos.

Cuando Heliogábalo entró en Roma y se vió dueño del universo, puso el imperio todo al servicio de sus dos pasiones dominantes, la lujuria y la destemplanza. Sus cenas mas ordinarias costaban 4,000 duros, siendo muy frecuente que pasara el gasto de 12,000. Comía, imitando á Apicio, grandes platos de pezuñas de camellos, crestas arrancadas á gallos vivos y lenguas de pavos reales y de ruiséñores, que se consideraban como preservativo contra ciertas enfermedades. Los pescados que le presentaban en la mesa habian de estar compuestos con una especie de salsa verdosa que imitaba el agua del mar, y esto solo cuando se hallaba tierra adentro, y cuando habia que llevar el pescado á mucha costa, porque en la orilla del mar se desdeñaba de comerlo. Hizo que le sirvieren durante diez días consecutivos treinta ubres y otras tantas vulvas de jabalina en cada comida; mandaba preparar avestruces y camellos, diciendo que la ley jurídica permitía comer estos animales; tenia pasteleros y reposteros tan hábiles, que le imitaban con cremas y pastas todos los manjares que presentaban los cocineros y todas las frutas que se ponian en la mesa.

En los festines de Heliogábalo era muy comun el ver hasta veinte y dos servicios, compuestos de innumerable cantidad de platos que los hacian interminables y siempre se usaba el aceite mezclado con *garum*, salsa estimulante hecha de jugo de pescados, que dicen inventaron los Sibaritas. Heliogábalo hizo mas: muy á menudo acostumbraba tomar salsas de oro molido; mezclaba granos de este metal precioso con guisantes; pedazos de ámbar con habas, piedras preciosas con lentejas y perlas con arroz, y en vez de pi-

mienta se servia tambien de perlas para salpicar los pescados y las trufas.

Solia abrir fuentes de vino para que bebiese el pueblo, y las bañeras y los estanques de su palacio los henchia tambien de vino mezclado con esencia de rosa, donde convidaba á todo el mundo á que fuese á beber en su compañía; y si es cierto lo que dice Lampridio, llegó á dar un simulacro naval en un gran lago que llenó de vino.

Regalaba bien á sus oficiales, á quienes servian grandes platos de entrañas de barbós, sesos de flamencos y de tordos, huevos de perdiz y cabezas de papagayos y pavones, todo en tanta cantidad como si fueran lechugas, berros ú otras legumbres de las mas comunes y abundantes. Verdad es que á sus perros mantenía con higado de ganso; y á los leones, tigres, leopardos y otras bestias domesticadas que tenia en su palacio les daba de comer papagayos y faisanes: los bueyes servian entonces para mantener los peces de los viveros del César.

Heliogábalo se divertía en mortificar á sus convidados y parásitos. Un día después de emborrachar á todos los que habian comido en su mesa, fueron echados á dormir entre los leones, osos y demás alimañas que habia en palacio y de qué acabamos de hablar; hubo convidado que murió del susto al despertar y encontrarse con semejante compañía. En cuanto á los parásitos hacia que les sirviesen manjares de vidrio, cera ó tierra cocida que imitasen perfectamente lo que á él mismo se ofrecian, y al levantarse el servicio les obligaba á beber y á lavarse como si hubieran comido. Gozaba viéndolos rabiarse de hambre delante de manjares pintados y en darles sustos y petardos largos de referir; gozaba tambien en convidar á su mesa ocho calvos, ocho tuertos, ocho mancos, ocho cojos; los ocho hombres mas altos que habia en Roma ó los ocho mas gruesos, y cuando sucedia esto último, se reía grandemente viéndoles hacer esfuerzos por acomodarse en el estrecho sitio que se les destinaba. Pero cuando queria regalar á sus convidados no se andaba con pequeneces: hubo festin en que mandó que le sirvieren los sesos de seiscientos avestruces, y algunas veces, después de la comida repartía entre ellos todo el servicio que acababa de usarse.

Los cenáculos de Heliogábalo se calentaban en invierno con maderas olorosas de la India; el piso estaba siempre alfombrado de flores, y era tal la profusion con que durante los festines se derramaban estufas sobre los convidados, por medio de techos movizos, que alguno pereció ahogado entre el florido diluvio. Rodeábase siempre Heliogábalo de la gente mas disoluta y mas infame de Roma, y á los que se distinguieron acompañándole en los placeres, ascendió á las primeras dignidades del imperio, porque decia, que solo los hombres de vida licenciosa y desarreglada podian servir para prefectos de las ciudades y presidentes de las provincias. Con semejante compañía se acabó de refinar su perversidad; y cuando alguno del pueblo le pedia un favor, se enteraba de sus costumbres para acceder á la peticion si era un perdido y negarla si era honrado y bueno.

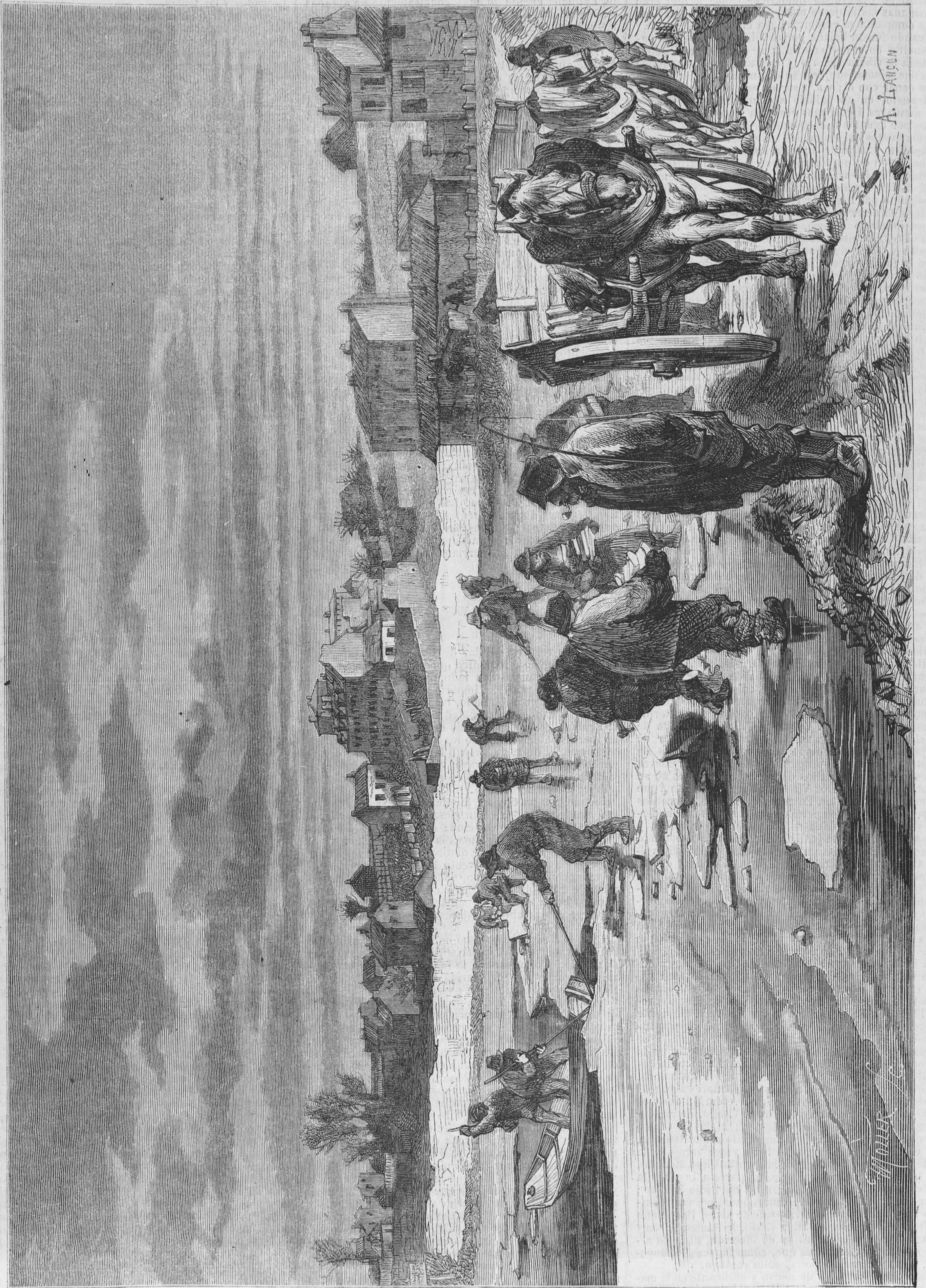
Entreteniase durante las cenas hablando de nuevos manjares con sus allegados y consejeros; proponiales á modo de cuestiones científicas, la invencion de salsas apetitosas y platos desconocidos; premiaba largamente al que proponia un nuevo placer culinario que fuese de su gusto, y al que proponia un manjar que no le gustase le condenaba á no comer mas que aquello hasta que inventaba otro mejor. En fin, Heliogábalo fué de los hombres mas voraces que se han conocido; convidado una vez por cuatro ó seis amigos, en una misma noche recorrió las casas de todos comiendo en cada una como si no lo hubiera hecho ya en otra parte.

Su muerte, como su vida, se asemejó bastante á la de Vitelio: el día en que sus soldados se cansaron de tenerle por amo, cogieron á Heliogábalo, le arrastraron por la ciudad, y no cabiendo su cuerpo por el sumidero de una cloaca, le arrojaron al Tiber con una piedra atada al cuello; allí quedó sepultado entre un fango menos inmundido que aquel en el cual se habia agitado durante su infame vida. ¡Fatal destino el de tantos y tan notables glotones que acabaron todos con una desastrosa y parecida muerte!

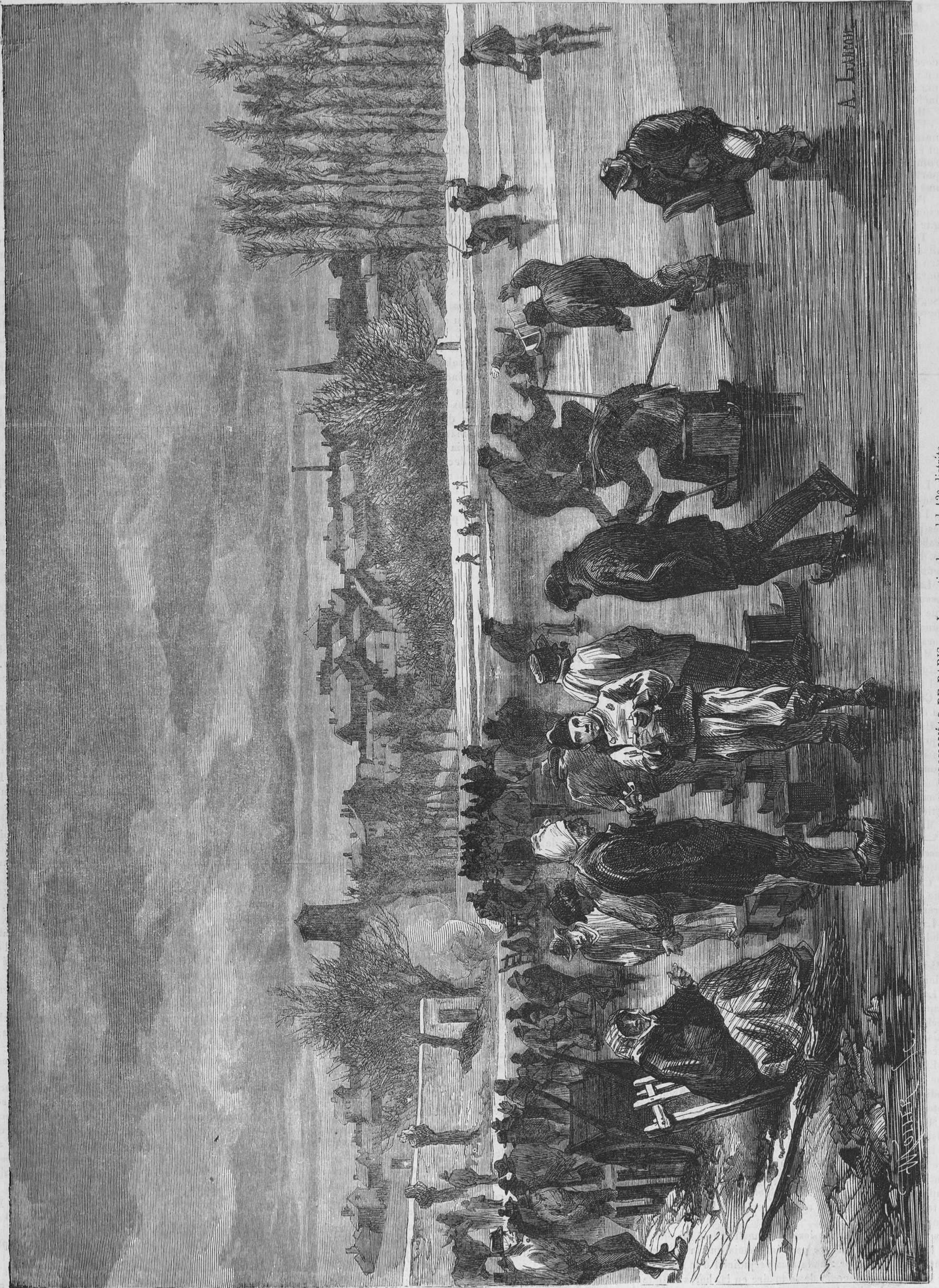
Con Heliogábalo puede darse por concluida la historia de la glotonería romana. Aun hubo un Valerio Máximo que se comía de una vez cuarenta libras de carne y se bebía una enorme cantidad de vino; pero este emperador era un atleta á quien servian de anillos los brazaletes de su mujer y un bárbaro que no tenia perfeccionado el gusto; aun hubo otros emperadores y particulares que quisieron continuar la tradicion, pero sin grande empeño. Perdióse la aficion, desapareció el gusto, faltaron los recursos y la cocina romana decayó visible y rápidamente. El cristianismo, con sus austeros principios y los bárbaros del Norte con su salvaje sobriedad invadieron aquella relajada sociedad y la destruyeron en lo que no la trasformaron. Pronto no quedó nada de las grandezas romanas, ni de la espantosa desmoralizacion y del cúmulo de desenfrenados vicios que habian cobijado: nada mas que un eterno renombre para asombro y enseñanza de la posteridad.

ALFREDO ALVAREZ.

(De la Revista de España).



TIPOS Y FISIONOMÍAS DE PARIS. — La cosecha del hielo.



TIPOS Y FISIONOMÍAS DE PARIS. — Los patinadores del 13º distrito.

La nevera del 13º distrito de Paris.

La nevera del 13º distrito de Paris se halla situada cerca del nuevo parque de Mont-Souris. El hielo que en ella se recoge proviene de tres estanques que forma el Bièvre mas abajo del ferro-carril de circunvalación y delante de la estación de Gentilly.

Hé aquí cómo proceden para recoger el hielo.

Una embarcación ocupa el centro del estanque, y naturalmente los hielos le rodean. Así que está helado el estanque, van algunos hombres á la embarcación, rompen los hielos, colocan los pedazos sobre la superficie sólida, y otros hombres los sacan en carretones que llevan á la nevera.

Poco á poco se ensancha el círculo de la embarcación, que una vez concluida la cosecha, puede navegar por todo el estanque.

Todos los años estos estanques sirven de lugar de diversion á los patinadores del barrio. En el del centro principalmente, se dan cita los mozalbetes de esos parajes excéntricos, y así es que le han puesto el nombre de *Club de los patinadores de la calle Mouffetard*. Seguramente no se parece al del bosque de Boulogne, pero no se divierten menos en él los patinadores.

R. S.

Revista de Paris.

La Asamblea nacional está tratando estos días una cuestión que interesa sobremanera á la población femenina de la Francia. Se discute la edad que deben tener las mujeres para ser admitidas en las manufacturas, las horas de trabajo de noche y de día, así como las horas de descanso. Es una ley de protección para las generaciones presentes y futuras.

La primera parte del debate no ha sido larga: la Asamblea ha votado un artículo en el que se prescribe que desde la edad de diez años hasta la de catorce, ninguna mujer podrá estar sujeta á un trabajo de mas de seis horas por día, y dividido este tiempo por un reposo.

M. Wolowski trató seguidamente una cuestión de una naturaleza mas delicada todavía; y es la de la prohibición del trabajo por la noche.

Con este motivo el diputado de Paris ha pronunciado un discurso muy notable en la sesión del 4 de febrero.

Haciendo la historia de los progresos de la civilización, dijo que estos se miden por la mejora de la condición de las mujeres. Y con efecto, al despuntar la civilización hallamos á la mujer dedicada á las tareas mas penosas; pero á medida que progresa la humanidad, la condición de la mujer cambia y la protección á que tiene derecho se extiende mas y mas.

M. Wolowski se hace esta pregunta:

— ¿Acaso la familia es posible cuando la madre se ausenta de casa para ir á trabajar toda la velada en los talleres?

Y sobre esta cuestión se hace cargo de los argumentos que se han presentado acerca de la condición de las mujeres que trabajan en su domicilio.

La comisión aplicaba la prohibición del trabajo de un modo general, en tanto que M. Wolowski solo la pide en las manufacturas, como se practica en Inglaterra desde 1844 en todo taller al que el vapor comunica el movimiento.

La introducción del vapor ha llevado á la mujer á las manufacturas, y la fuerza de los aparatos mecánicos ha hecho necesaria la intervención de la ley en Inglaterra, país celoso de la libertad, de la independencia y de las garantías de los ciudadanos.

El muro que separaba la manufactura de la sociedad, que hacia de cada manufactura una fortaleza en la que no podía penetrar la vigilancia del Estado, ha caído por fin ante el interés de las mujeres.

M. Wolowski cita los términos del dictámen de la comisión sobre el asunto, y en él son dignos de mencionarse los párrafos siguientes:

« No es necesario insistir sobre los peligros que presenta para las jóvenes bajo el punto de vista moral, su empleo en los talleres de noche; pero si diremos que este trabajo es mas funesto aun, respecto de las madres de familia.

» Nada relaja mas los lazos del matrimonio ni ejerce en la conducta del obrero peor influencia que la ausencia continua de la mujer: nada mas perjudicial á la salud de los hijos que la ausencia de la madre en las horas en que se reúnen bajo el techo comun los miembros de la familia para disfrutar algunos momentos de reposo. La mancomunidad de habitación durante la noche de la familia

obrera, es el único tiempo que el trabajo deja libre al cariño, á los cuidados, á la solicitud por la salud de los seres queridos.

» Seria cruel alterar tan respetables sentimientos, y bajo este concepto, la supresión del trabajo de noche para las mujeres, constituye una de las reformas mas favorables á las costumbres y mas útiles á la familia, porque retiene mas á la mujer dentro de su casa y reserva á ciertas horas á los hijos los cuidados que necesitan. »

Sobre el punto de la edad en que la mujer puede sin peligro entregarse al trabajo de las fábricas, otro orador M. Teófilo Roussel, presentó consideraciones fisiológicas que decidieron á la Asamblea.

« Entre la edad de doce y catorce años, dijo este orador, hay en nuestro clima y para nuestra raza un período muy difícil de atravesar para la mujer, y lleno de escollos para su salud futura. De este período crítico depende la buena ó mala constitución de las que han de ser madres y de los hijos que han de dar á luz. Bajo este concepto no existe disidencia alguna entre todos los que se ocupan en estudiar la ciencia del hombre. »

Y seguidamente recuerda las cifras de la mortandad de recién nacidos en los grandes centros industriales.

Las estadísticas mas recientes demuestran que esta cifra pasa de un 70 por 100 en el primer año de la vida.

Y el orador añade:

« Se buscan las causas de la detención en el movimiento ascensional de la población francesa: son muchas, y entre ellas figura principalmente la de las condiciones en que tiene efecto la prueba de la maternidad y pasan los primeros momentos de los recién nacidos. Ahora bien, las mas esenciales de estas condiciones son las que resultan para la joven madre de lo que ha sufrido su constitución bajo la influencia de un trabajo precoz y excesivo en el momento mas decisivo de su formación física. Se encuentra impropia para ser madre y nodriza, porque el trabajo industrial ha cansado sus fuerzas y no la ha permitido el desarrollo necesario para las grandes funciones á que está destinada por la naturaleza. Con tales elementos no son de extrañar los resultados que acusan los cuadros estadísticos de la población francesa. »

Analizando estas cifras encuentra M. Roussel serios motivos de alarmas para lo porvenir, si no se aplica remedio con urgencia.

Por ejemplo, en la estadística de los dos últimos años del imperio, aparece que de 360,000 mozos que entraron en la quinta en 1867, 109,000 fueron declarados inútiles.

Hé ahí el cuadro de la población masculina en su flor; una tercera parte de los mozos se declararon incapaces de soportar la vida militar.

Ahora bien, la parte de la industria en este contingente de hombres inútiles es considerable.

Por 10,000 quintos válidos se cuentan en diez departamentos agrícolas, 4,029 inútiles; en tanto que por el mismo número de quintos en diez departamentos industriales, resultan 6,930 inútiles.

Otra observación.

Se nota con extrañeza la corta estatura y la pobre traza de los mozos que se presentan al sorteo en las grandes ciudades manufactureras.

Esta degeneración procede de diversas causas, con frecuencia de vicios precoces; mas no debe olvidarse que los facultativos y los industriales han demostrado hasta la evidencia que los mozos que trabajan en las fábricas se ven detenidos en su crecimiento y desarrollo.

Ya hemos dicho que M. Roussel ganó su causa ante la Asamblea, como consta en el artículo votado; mas no así M. Wolowski, á pesar de la profunda impresión que causó su discurso.

La cuestión quedó pendiente el día 4, y en la sesión siguiente hizo nuevos esfuerzos que fueron vigorosamente combatidos.

La discusión de este último día no fué menos interesante.

El mismo M. Wolowski comenzó por insistir en punto á los felices resultados que ha producido en Inglaterra la adopción de la medida que él propone.

Segun datos oficiales, cuando se promulgó en Inglaterra la ley de 1844, habia 200,000 mujeres ocupadas en las manufacturas, y en la actualidad hay 400,000, pero que no trabajan mas que de día y diez horas y media, tiempo limitado.

El orador considera que es una política deplorable la que consiste en sacrificar las fuerzas de una parte de la población para aumentar la producción, lo cual no se verifica: lo que se consigue es hacerla menos favorable siempre que se va en contra de las leyes de la sociedad y de la familia, que jamás deberían olvidarse.

Estas leyes invoca M. Wolowski en favor de las mujeres, de quienes los hombres son tutores, pues las mujeres no ejercen todos los derechos que la ley concede á los hombres.

Ahora bien, el primer deber de la tutela, es el de la protección ejercida incesantemente.

A M. Wolowski sucede en la tribuna M. Paulin Gillon que habla en favor del trabajo por la noche,

El honorable contradictor empieza su discurso con grandes exclamaciones.

— Suponéis, dice, que la mujer debe retirarse del trabajo á las nueve de la noche, y esto en interés de su salud y para que reinen la paz y la buena armonía en el matrimonio. Pero señores, justamente á esa hora hay miles de mujeres que acuden á los teatros y á los bailes. Si entramos á reglamentarlo todo, no se sabe hasta dónde llegaremos. ¿Por qué en el interés de la mujer soltera y de la madre de familia, no estableceremos tambien su régimen alimenticio? ¿Por qué no impediremos que habiten en los sextos pisos, en razón á que los órganos esenciales de la mujer padecen subiéndolo y bajándolo tantas escaleras?

Tal es en sustancia el discurso de M. Paulin Gillon, interrumpido repetidas veces; pero estas interrupciones no turban al orador, que presenta en apoyo de su idea estas conclusiones:

— Invoco el testimonio de todos los industriales. ¿No es cierto que todos los días se hacen casamientos de obreros honrados justamente porque ellos y ellas se encuentran cuando van al trabajo? Se ven todos los días, se aseguran de que se convienen, y se casan, porque cuentan sus salarios; saben á qué atenerse, y sus cálculos preparan ya la organización de su interior doméstico, de lo que necesitarán para los hijos que la Providencia pueda enviarles. Despues de casados siguen yendo juntos al trabajo; vuelven tambien juntos, ¿y queréis que esos matrimonios, que se cuentan por miles en el territorio de la Francia, se vean turbados de repente por la ley que se nos propone? ¿Queréis que esos pobres jóvenes sufran una reducción de salario? ¿Con que el marido, hoy tan gozoso porque trabaja en el mismo establecimiento que su mujer, la despedirá á las nueve de la noche para que vuelva sola á su casa? ¿Y pensáis proteger con esto las costumbres! ¿Estais bien seguros de que sea ese el mejor medio de poner á salvo la moralidad de la joven esposa, sola en su casa todos los días, mientras su marido está en el trabajo?

Es una pintura deliciosa, un cuadro de costumbres enteramente nuevo y que debe sorprender hasta lo sumo á la inmensa mayoría de los personajes que en él figuran.

El ministro de Agricultura y Comercio M. Teisserenc de Bort, temiendo sin duda que este idilio fabril no dejara bien convencidos á los diputados, tomó la palabra para secundar con otras razones el ataque á los argumentos de M. Wolowski.

El ministro dice que no todos los países han adoptado la legislación que se propone. Por ejemplo, en Bélgica no está prohibido que las mujeres trabajen de noche.

En cuanto á la protección que se quiere conceder con la ley á la mujer, la califica de pura burla.

— Se quiere proteger á la mujer, dice el ministro, y defenderla contra la tentación de ganarse un salario, y para esto se le priva de su libertad. Nada mejor si al mismo tiempo se pudiera ponerla al abrigo de las privaciones materiales, si al quitarla un medio de subvenir á sus necesidades, se la asegurasen nuevos recursos. Pero no es así, y no siendo así, la supuesta protección, no es otra cosa que la mas cruel de las tiranías, es obligar á la mujer á pedir limosna.

Y el ministro establece las diferentes condiciones de la mujer. Para las que tienen niños menores el trabajo de noche puede ofrecer inconvenientes; pero no todas se hallan en este caso.

Unas no están casadas, otras no tienen ya la carga de la familia, porque sus hijos son mayores; hay viudas, casadas sin hijos, y el ministro considera que seria una medida bárbara privarlas á todas en general del trabajo de noche que casi siempre es mas lucrativo que el del día.

Además, otras consideraciones se oponen tambien á que el proyecto de ley sea adoptado.

De serlo, las mujeres excluidas de los talleres serian reemplazadas por hombres.

De ello resultaria una demanda extraordinaria de obreros y como la población urbana no podría satisfacerla, se apelaria á las poblaciones rurales.

Sobre este punto concluye el ministro diciendo estas palabras:

« Llamo sobre esta consecuencia inevitable la atención particular de los agricultores y de los moralistas que contemplan como yo, con dolor y espanto, esa emigración continua de las poblaciones de los campos hacia las ciudades; que, con el cebo de crecidos salarios arranca á la vida apacible y feliz de los campos, á toda una sucesión de familias, para arrojarlas en el golfo peligroso y malsano de las ciudades. »

Despues de este discurso tuvo efecto la votación, y el proyecto de M. Wolowski quedó desechado por una inmensa mayoría.

Hé aquí pues, á las mujeres francesas con libertad para trabajar por la noche en los talleres y manufacturas.

Despues se votaron una porción de artículos de la ley en cuestión que daremos á conocer en resumen para que esta reseña sea completa en lo que cabe: queda pues, prohibido que trabajen los niños y las mujeres jóvenes los domingos y días feriados, los varones hasta diez y seis años

las hembras hasta veinte y uno; se prohíbe emplear á niños y mujeres en obras subterráneas, en trabajos de minas, de canteras, etc., los hombres hasta doce años y las mujeres siempre; por último, no se admitirán aprendices de menos de doce años.

MARIANO URRABIETA.

LA DAMA DE LYON

ú

ORGULLO Y AMOR,

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR LORD LYTTON.

(Continuacion. — Véase el número 1,048).

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

(Dos años y medio de intervalo entre el cuarto y quinto acto. Las calles de Lyon).

TRES OFICIALES.

PRIMER OFICIAL.

Hé nos aquí en Lyon con nuestro valiente general Dámaso: es su ciudad natal.

SEGUNDO OFICIAL.

Sí, los lioneses deben envanecerse de su ciudadano, pues vuelve con el grado de general.

TERCER OFICIAL.

Ahora se asciende pronto... El amigo del general, el misterioso Morier, es ya coronel y hace dos años y medio que sentó plaza de soldado.

PRIMER OFICIAL.

Es el héroe del puente de Lodi.

ESCENA II.

LOS MISMOS, GENERAL DÁMASO.

DÁMASO.

¡Ah! estais aquí, señores; me prometo que no os aburriréis en la corta estancia que haremos en Lyon. Es una bonita ciudad y que se ha embellecido mucho durante mi ausencia. ¡Qué placer hacerse viejo cuando se ve la prosperidad de la patria! ¿No habeis encontrado á Morier?

PRIMER OFICIAL.

No, mi general... justamente de él hablábamos.

SEGUNDO OFICIAL.

Mi general, ¿podriais decirnos quién es en realidad?

DÁMASO.

¿Quién es?... un coronel del ejército de Italia.

TERCER OFICIAL.

Sí, pero, ¿qué era antes?

DÁMASO.

¡Antes! Comenzó como todos comenzamos, por ser un muchacho.

PRIMER OFICIAL.

¡Siempre de broma el general!

SEGUNDO OFICIAL (al tercer oficial).

Vuestra pregunta era indiscreta, no le gusta al general que se la dirijan... ¿Teneis que darnos órdenes, mi general?

DÁMASO.

Ninguna... Hasta la vista.

(Se alejan el segundo y tercer oficial).

ESCENA III.

DÁMASO, PRIMER OFICIAL.

DÁMASO.

Los compañeros no están contentos de mi respuesta... El pobre Morier excita una viva curiosidad.

PRIMER OFICIAL.

Decid mas bien interés, mi general. Se ha hecho notar por la melancolía y reserva, no menos que por sus ascensos, justificados por las brillantes acciones que le han merecido vuestra amistad y el favor del general en jefe. Pero, ¿qué ha sido de él? No le he visto desde esta mañana, ni en el café, ni en el cuartel.

DÁMASO.

Ya que sois tan curioso vos tambien, os quiero confiar un secreto: mi jóven amigo ha vuelto conmigo á Lyon animado por la esperanza de un milagro.

PRIMER OFICIAL.

¡Un milagro!

DÁMASO.

Sí, un milagro, en otros términos, una mujer constante.

PRIMER OFICIAL.

¡Ah! tenemos amoríos.

DÁMASO.

Exacto. Apenas llegado á Lyon me hizo una señal con la mano y se marchó solo á interrogar discretamente á las personas que pueden informarle sobre si cierta dama ha permanecido fiel á cierto coronel.

PRIMER OFICIAL.

Deseo que no se haya engañado en su esperanza, ó mejor dicho, no lo dudo. El bizarro coronel Morier, el héroe de Lodi, podría elegir esposa en las mas orgullosas familias de Francia.

DÁMASO.

¡Oh! Si el orgullo es una distincion, la dama y su madre se pintan solas... En fin, capitan, si encontrais á Morier, decidle que le espero en la fonda.

PRIMER OFICIAL.

Se lo diré, mi general.

(Vase).

ESCENA IV.

DÁMASO, LUEGO BEAUSEANT.

DÁMASO.

Entre tanto voy á casa de M. Deschappelles para dar informes de mi jóven coronel... Pero, ¿quién viene aquí?... Por los dioses del Olimpo, es M. Beauseant.

BEAUSEANT.

Bien venido seais, general; ¿desde cuándo estais en Lyon?

DÁMASO.

Hace dos horas. Apenas he tenido tiempo de instalarme en la fonda con mi equipaje, y voy á hacer mi primera visita á Deschappelles. Deseo mucho saber si han perdonado á todos aquellos que tomaron parte en la famosa comedia del jóven Melnotte... y por consiguiente á vos tambien, M. Beauseant, pues creo fuisteis uno de tantos.

BEAUSEANT.

Menos de lo que suponeis, general; el bribon era un buen cómico que me engañó como á vos. Felizmente me he justificado... Y á propósito, ¿sabeis lo que ha sido de él? ¿Ha muerto como se ha dicho?... Parece ser que entró en vuestro regimiento.

DÁMASO.

No he tenido jamás un soldado que se llame Melnotte.

BEAUSEANT.

Ya me figuré yo que aquel arranque de heroísmo era otra escena de comedia. ¿Os habeis casado, general?

DÁMASO.

¡Bonita pregunta! ¿Tengo yo traza de un hombre casado? No, á Dios gracias: mi profesion es la de hacer viudas y no esposas.

BEAUSEANT.

Pues si venís solo de Italia debeis traer un hermoso botín: ¿Paulina será vuestra heredera?

DÁMASO.

¿Heredera de qué? De dos maletas, cuatro caballos, dos sables y dos uniformes... ¡Magnífica herencia!

BEAUSEANT (aparte).

No sospecha lo que me agradan sus palabras; no será él quien acuda en socorro de su primo. (Alto.) ¿Cómo! general, ¿esa es toda vuestra fortuna? Creía que la Italia os había enriquecido á todos.

DÁMASO.

A algunos nada mas. Yo no he tenido la suerte de mi amigo el coronel Morier, que ha sabido hacerse un bonito capital y conservarlo.

BEAUSEANT.

¡Ah! general, no sabeis hasta qué punto me colmais de alegría; no se dirá que me caso con Paulina por la herencia de su primo... pues os diré que Paulina consiente por fin en recompensar mi amor.

DÁMASO.

Hablais de broma: Paulina es casada, y nunca ha querido consentir en el divorcio, que la habria devuelto la libertad.

BEAUSEANT.

Hasta ayer ha sido así; pero esta noche cambiarán las cosas; que Claudio Melnotte esté vivo ó muerto, Paulina renuncia á él, y esta noche firmaremos el contrato en cuya virtud se compromete á concederme su mano, ocho dias despues de anulado su matrimonio.

DÁMASO.

¡Me sorprendeis!... Pero no; jamás he creído en la constancia de las mujeres.

BEAUSEANT.

Mirad, general, aquí viene M. Deschappelles, que os confirmará lo que os digo.

ESCENA V.

LOS MISMOS, M. DESCHAPELLES.

M. DESCHAPELLES.

¡Ah! querido primo, bien venido seais. Llegais á tiempo para firmar el contrato de Paulina. Mi señora os enterará de todo, y permitidme que me lleve á mi futuro yerno, pues tenemos que hacer en casa del notario.

DÁMASO.

Sí; pero yo tendria que manifestaros...

M. DESCHAPELLES.

Dispensadnos, que nos esperan; os escucharé á mi vuelta, si aun os encuentro en casa. Vamos, vamos. (Vanse).

ESCENA VI.

DÁMASO, DESPUES CLAUDIO MELNOTTE.

DÁMASO.

No puedo creer que todo esté perdido para mi amigo Morier... ¡Ah! aquí llega... ¡Mi querido Morier!...

CLAUDIO MELNOTTE (pálido y agitado).

¿Habeis visto á Paulina? ¿Os ha dicho ella misma que no se cree enlazada por el matrimonio que hasta ahora se negaba á romper, y que consiente en casarse con otro?

DÁMASO.

No la he visto aun, no he visto mas que á su padre y á M. Beauseant, que parecen estar muy de acuerdo. Hoy mismo me esperan para firmar el contrato. ¿Habremos llegado demasiado tarde?

CLAUDIO MELNOTTE.

¡Si pudiera yo verla una última vez, si pudiera invocar aquel perdón que me concedió espontáneamente, cuando yo pensaba que tenia tanto que hacer para merecerle!

DÁMASO.

La vereis, mi querido Morier, la vereis y juzgareis por vos mismo si no la impone este nuevo enlace una voluntad contra la cual protesta su corazon.

CLAUDIO MELNOTTE.

¿Y cómo verla sin parecer que reclamo un título al cual he renunciado?

DÁMASO.

Nada mas fácil; esta vez no teneis necesidad de difrazaros. Dos años de campaña han bronceado vuestro cutis: los bigotes, el uniforme, el rumor que ha corrido de vuestra muerte, el nombre con que os presentará como mi hermano de armas, todo eso es bastante para alejar las sospechas. Id á esperarme á la fonda, que dentro de una hora os diré yo á lo que debeis ateneros.

CLAUDIO MELNOTTE.

¡Ah! Fundo en vos mi esperanza.



EL NUEVO TEATRO DE LA ÓPERA DE PARÍS. — Vista general de la plaza.

ESCENA VII.

Una sala en casa de M. Deschappelles. Paulina sentada tristemente en un canapé.

PAULINA.

Está concluido, debo sacrificarme á mi padre. Pero no le disimularé los verdaderos sentimientos de mi corazón. Amé á Claudio cuando le creí un príncipe, y le amé despues cuando supe que era hijo de un jardinero: mi amor ha sofocado mi orgullo... Le amo todavía.

ESCENA VIII.

PAULINA, M. DESCHAPELLES.

M. DESCHAPELLES.

Mi querida Paulina, has salvado á tu padre; sin tí, mañana habria perdido no solo toda mi fortuna, sino mi honra... el buen nombre adquirido por veinte y cinco años de una vida laboriosa, y comprometido en una sola especulacion. Beauseant ha querido que á la par con el contrato que le asegura tu mano, se firme el documento que me pone á cubierto contra el fatal vencimiento de mañana. Creo que ahora no dudarás de la sinceridad de su amor.

PAULINA.

No, padre mio, no me tiene á mí verdadero amor: el amor no compra á la mujer que no da el corazón con su mano... El odio y la venganza pagan con oro las lágrimas, la desesperacion, los remordimientos... pues eso es todo lo que obtendrá de mí, y él lo sabe... es todo lo que he podido prometerme cuando vino á arrancarme mi consentimiento.

M. DESCHAPELLES.

Si es así, hija mia, no hay nada de lo dicho... sufriré las consecuencias.

PAULINA.

No, padre mio, no; cuanto mas desdichada sea como esposa, tanto mas me consolará la idea de haber salvado el honor de mi padre. Todo lo que os pido es que no me habéis del amor de ese hombre; que no supongais que yo pueda amarle un día ni pueda perdonarle como perdoné á aquel... que fué culpable tambien; pero por amor...

ESCENA IX.

LOS MISMOS, SEÑORA DESCHAPELLES.

SEÑORA DESCHAPELLES.

¡Cómo! Paulina, todavía estás sin vestir cuando ya se acerca la hora... dentro de un instante estarán aquí el futuro y los testigos... tambien te anuncio nuestro primo el general, que ha ido á buscar á uno de sus hermanos de armas, al valiente coronel Morier, el héroe del puente de Lodi... Pero aquí están todos.

ESCENA X.

LOS MISMOS, BEAUSEANT Y GLAVIS, LUEGO EL GENERAL DÁMASO Y CLAUDIO MELNOTTE.

BEAUSEANT (acercándose á Paulina).

¡Todavía lloramos! Espero obtener con el tiempo el perdón de mi felicidad.

SEÑORA DESCHAPELLES.

Mi hija no es una ingrata. (Aparte á Paulina.) Paulina, ten presente que la República no es eterna, y que aun puedes ser marquesa.

(Llegan el general Dámaso y Claudio Melnotte).

DÁMASO.

Señoras, tengo el honor de presentaros mi valeroso hermano de armas, coronel Morier.

SEÑORA DESCHAPELLES.

Ya conocemos al coronel Morier por los boletines de nuestras victorias.

(Claudio Melnotte saluda, quedándose detrás del general Dámaso.)

DÁMASO (á Paulina).

Querida prima, os felicito de todo corazón; por fin vais á ser dichosa.

PAULINA.

¡Dichosa!

DÁMASO.

¡Con qué tristeza repetis esa palabra!... Querida Paulina, que vuestros padres me permitan cumplir con un mensaje. (Paulina y el general Dámaso hablan aparte.) Paulina, Claudio Melnotte vive aun... Si voluntariamente consentis en el divorcio como consintió él, justo es que sepais que fué por su parte un acto de reparacion muy dolorosa. El coronel Morier, que me acompaña, es amigo de Claudio Melnotte, su amigo mas íntimo... ¿Os negareis á confiarle un mensaje que dulcificará la pérdida del último resto de sus esperanzas?

PAULINA.

¡Su amigo, decís! En ese caso le verá, podrá transmitirle mi postrer adiós... ¡Ah! ¿Por qué baja los ojos? ¿No tiene nada que decirme de su parte?

(Claudio Melnotte se acerca timidamente.)

CLAUDIO MELNOTTE.

Nada, señora, si no es que está resignado á su sacrificio y que reconoce vuestro derecho para elegir un esposo mas digno de vos.

PAULINA.

Pues bien, decidle, que si el sacrificio para él fué doloroso, no lo es menos para mí, y que yo me resigno solo por salvar á mi padre.

CLAUDIO MELNOTTE.

¿Seria verdad?

ESCENA XI.

LOS MISMOS, EL NOTARIO.

BEAUSEANT (á M. Deschappelles entregándole una cartera).

Aquí está la cantidad, firmemos.

DÁMASO.

Un instante... Veamos si la suma está completa.

BEAUSEANT.

Doscientos billetes de banco.

DÁMASO.

Puesto que esa es la tasacion, adelante la subasta.

CLAUDIO MELNOTTE (entregando otra cartera á M. Deschappelles).

Aquí hay el doble... Y podeis aceptar sin sonrojaros de manos del esposo de vuestra hija y cuya fortuna es el premio de la sangre que ha derramado por la patria.

BEAUSEANT.

¿Quién sois?

PAULINA.

¡Esa voz! ¡Ah! Claudio, habeis salvado á un tiempo al padre y á la hija. (Se arroja en sus brazos).

BEAUSEANT (á la señora Deschappelles).

Está visto que sereis la suegra del hijo del jardinero.

SEÑORA DESCHAPELLES.

Un coronel y un héroe, M. Beauseant, y vos no sois ya marqués.

GLAVIS (á Beauseant).

Vámonos, que aquí estamos ya de sobra.

DÁMASO.

Adios, señores, espero que no se ahoreará el uno sin el otro.

GLAVIS.

Mil gracias, general, sois muy afable.

CLAUDIO MELNOTTE.

¿Pero aun llorais, Paulina?

PAULINA.

Sí, de alegría.

SEÑORA DESCHAPELLES.

¿Conservareis el nombre de Morier?

CLAUDIO MELNOTTE.

No, vuelvo á tomar el de mi padre, que solo dejé para reconquistarle puro de toda mancha. ¡Ah! el mismo amor que pudo hacerme culpable me hará virtuoso, porque es el verdadero amor.

FIN.

La Armenia y la Persia.

(APUNTES DE VIAJES).

(Continuacion. — Véase el número 1,048).

TEHERAN É ISPAHAN.

La misma buena acogida que nos habian hecho en todas las ciudades de Persia, nos esperaba en Djoulfah. Luego que se concluyeron todas las ceremonias de costumbre, cada uno de nosotros se retiró á su habitacion, de la que tomamos posesion con aquella satisfaccion de hombres cansados de una larga marcha de cinco meses, que llegan por fin al término de sus correrias.

El chah habia ido á Ispahan por asuntos importantes; pues ese viaje era una especie de expedicion militar hecha contra esa ciudad, en donde hacia mucho tiempo que reinaban un desórden y una anarquía que ponian en peligro, no tan solo la vida y los bienes de los honrados habitantes, sino tambien la misma autoridad real. El gran *monchthaid* de Ispahan, jefe de la religion de todos los mollahs de Persia, imbuido y como ciego de su misma importancia, y envanecido por sus grandes bienes, habia concebido el proyecto de separarse de la autoridad real.

A fin de salir con acierto de su empresa, habia enganchado bajo sus banderas á un gran número de hombres de malos antecedentes, ladrones y asesinos, que habian ido allí de todos los distritos de la Persia para incorporarse en las filas que ponian á salvo sus crímenes. Esos bandidos llevaban el nombre de *loutis*, y habian principiado sus proezas echando fuera la débil guarnicion de Ispahan, haciéndose los dueños de la ciudad, é imponiendo crecidas multas á los pobres habitantes. Los comerciantes tenian que pagar grandes contribuciones, amenazándoles con el puñal, saqueaban las casas, robaban las mujeres, y llevaban la atrocidad hasta hacer presenciár á los padres y maridos de sus víctimas los inícuos actos de su ferocidad. Cuatro ó cinco mil desalmados hacian temblar á toda la ciudad.

A pesar del poder temible del *mouchthaid*, y á pesar del terror que inspiraban los asesinos, llegaron las quejas de esos atentados por diferentes veces á oídos del soberano; pero la apática indiferencia que es el carácter distintivo de los gobiernos orientales, retardó la ejecucion de las vigorosas medidas que reclamaba la deplorable situacion de Ispahan.

Durante muchos años no se habia hecho caso de los desórdenes que se cometian en esa ciudad; pero llegó al fin el momento en que ya no era permitida una actitud tan pasiva. Se resolvió al fin concluir con aquella canalla, y el chah en persona se puso en marcha para castigar á unos infames cuyos crímenes habian quedado impunes tan largo tiempo. Las bandas armadas del *mouchthaid* quisieron hacer al principio alguna resistencia, y se tuvo la generosidad de parlamentar con ellas; pero eso fué una falta, pues una gran parte de esos miserables se aprovechó del plazo marcado y se evadieron.

Sin embargo, todos los bandidos que tenian que temer las consecuencias de sus crímenes, no abandonaron la ciudad, de modo que los mas temerarios ó los mas lentos en ponerse en salvo se hallaban aun en Ispahan cuando el rey ordenó hacer pesquisas en sus madrigueras. En efecto, fueron descubiertos muchos que pagaron por los otros, y entre ellos se hallaron algunos jefes que se habian hecho conocer por sus ferocidades. El chah autorizó y mandó que se pudiese inmediatamente un *divan-y-kaneh* ó tribunal para juzgarlos, de modo que cuando nosotros llegamos á Ispahan, la justicia real no se hallaba aun completamente satisfecha.

Miles de víctimas acudian al tribunal para deponer contra los tribunales, y las pobres mujeres contaban con una visible y febril emocion los atentados que habian cometido con ellas. Los procesos no fueron largos, y los castigos tuvieron lugar inmediatamente.

No parecia mas sino que la justicia persa luchaba de barbarie con los criminales, pues á muchos de estos se les metia en un peloton de soldados y morian á bayonetazos; á otros se les sacó los ojos y se les arrancaron las uñas, y muchos fueron enterrados hasta medio cuerpo con la cabeza abajo y las piernas unidas unas con otras en una fila, formando lo que llaman los persas un *vinoble*.

La ingeniosa atrocidad de la ejecucion se ejerció sobre todo con un jefe de esos *loutis*, pues luego que le cortaron las narices, la lengua, y que le arrancaron los dientes, tuvieron la infernal idea de clavárselos en los talones. Ese desgraciado vivió así en medio de crueles tormentos durante tres días, y he visto á varias mujeres con las lágrimas en los ojos ir á pedir al divan el favor de cortar las manos y la cabeza de los que las habian violado.

Estos tristes detalles bastarán para juzgar el carácter persa. La justicia del Irán no se halla satisfecha hasta que el castigo iguale en crueldad el crimen que se castiga.

Los instintos sanguinarios de esa nacion no se hacen ver tan solo en los crímenes del asesino ó ladrón, sino en las sentencias del juez, que compromete con tanta atrocidad el efecto saludable del rigor penal.

Ya hacia tres dias que habiamos llegado á Ispahan, y la etiqueta exigia que el embajador se presentase al chah; siendo de advertir que los astrónomos habian sido autorizados para pronunciar sobre lo oportuno del momento en que debia hacerse esa ceremonia.

Despues de haber consultado los astros, decidieron que el cuarto dia, que era el término de costumbre, se presentaba bajo malos auspicios, y por consiguiente, era preciso elegir y marcar otro. Sin embargo, en fuerza de las instancias del embajador, quedaron las cosas en los limites marcados por la costumbre y la etiqueta, y así es que tuvimos que comparecer inmediatamente en presencia del *chah-inchah* ó *rey de los reyes* y delante de la *estrella del mundo*.

Con ese motivo nos enviaron á nuestro alojamiento caballos de las caballerizas reales; y precedidos de una vanguardia de *goulanos*, *serbas* y *nazalitchis*, nos dirigimos al campo, en donde fuimos recibidos con los mayores honores.

Luego que llegamos al pie de una linda casa rústica, llamada *Haineh-Kaneh*, situada á un lado del palacio habitado por el chah, nos hicieron apearnos. Allí nos recibió el ministro de negocios extranjeros, Mirza-Ali, jóven de unos veinte y dos años, muy afable, y que hablaba bastante bien el francés.

La etiqueta no permitia al chah que se nos ofreciese en su presencia el *kalioun* y el té; pero como no podiamos salir de la residencia real sin recibir en ella esa marca de hospitalidad, Mirza-Ali habia sido encargado de ese cuidado, lo que verificó con la mayor pompa que puede imaginarse, pues además del hermoso servicio de plata y oro, nos servian un centenar de pajes con ricos vestidos.

Al cabo de un rato recibió orden el ministro de que el chah nos esperaba, y al momento se levantó la sesion, conduciéndonos á un pequeño palacio de *Hapht-Dert*, en donde entramos por una galeria en la que se hallaban muchos oficiales y otros personajes.

Recibidos por el gran maestro de ceremonias, entramos en un hermoso jardin, cuyos paseos seguimos en medio de dos filas de soldados que nos presentaban las armas. Al último del jardin se hallaba un pabellon abierto, en donde estaba el chah, á quien no podiamos ver.

Aun nos hallábamos muy lejos de él, cuando, siguiendo la costumbre, se nos mandó que hiciésemos un gran saludo, que tuvimos que repetir un poco mas lejos. En fin, llegamos á pasos contados hasta el pabellon en donde estaba el rey, á quien distinguimos al momento.

Allí empezaron las genuflexiones, como igualmente los saludos respetuosos, y luego fuimos admitidos á la presencia del *polo del universo*.

Nos pusimos unos junto á otros contra la pared, casi enfrente del chah, tomando cada uno el puesto que le correspondia, segun su clase. Allí hicimos aun nuevos saludos al rey, y entonces el maestro de ceremonias pronunció algunas palabras de presentacion, y luego el chah hizo señal al *echi* para que se sentase: los demás miembros de la legacion permanecieron en pie.

La sala en que nos hallábamos era pequeña; y las paredes estaban revestidas de pinturas y de dorados de arriba abajo, como igualmente el cielo raso. En el medio de la sala habia un canal de agua viva, y á un lado habia una especie de estrado adonde se subia por una escalera de cuatro tramos.

Encima de ese estrado habia una cosa como un nicho grande ó arcada un poco menos ancha que la sala, que terminaba en una media naranja, todo adornado con pinturas y dorados de mucho gusto. El chah estaba sentado en un trono de nácar y oro. Se hallaba enteramente inmóvil; su vestido era muy rico, pues se componia de una especie de levitilla de cachemira roja abotonada encima el pecho, y estaba ceñida al cuerpo por medio de una especie de cinturón en el que brillaban muchas piedras preciosas.

Las bocamangas estaban bordadas con perlas, y encima de los hombros y en los brazos llevaba tambien muchas perlas formando hermosos dibujos.

Su cabeza estaba cubierta con un gorro de piel de cordero negro que caracteriza la dinastia de los Kadjars, y que ya es hoy día de un uso nacional. Ese gorro estaba rodeado de una guirnalda ó corona de crecidos diamantes. Ningun otro adorno ó atributo distinguia al chah; quien nos pareció jóven aun, de un semblante hermoso, pero poco expresivo y sin energía.

La etiqueta exigia que el embajador tomase el primero la palabra. Su intérprete habia elaborado en esa ocasion con muchísimo cuidado una arenga muy florida, adornada de frases metafóricas, como lo exige la lengua persa, y se puso á recitarla con un acento enteramente oriental, que pareció agrandar mucho al rey.

Mehemed-Chah contestó en pocas palabras, pero con aquella amabilidad que permite el uso. Despues de estos preliminares, el embajador entregó al chah sus credenciales, metidas en un magnífico saquito de seda y de oro, enriquecido con arabescos dorados y con colores. Uno de los secretarios lo tomó, y subiéndolo las gradas fué á ponerlo á los pies del rey.

El embajador aprovechó esta ocasion para presentarnos al chah unos despues de otros, quien pareció

admirado de la diversidad de nuestras atribuciones y de la especialidad que cada uno representaba en aquella pequeña sociedad de europeos que habian ido de tan lejos para estudiar su pais. A los pocas minutos nos retiramos, saludando y marchando hácia atrás sin volver la espalda. Entonces el maestro de ceremonias nos fué colocando uno á uno enfrente de la ventana de la sala en donde estaba el chah, y allí repetimos los salamaleks de costumbre.

Inmediatamente despues de la presentacion debia hacerse la visita al primer ministro; y en su consecuencia, luego que salimos de la sala del trono pasamos á casa del visir Hadji-Mirza-Agassi, que tenia un domicilio dentro del recinto del palacio.

Nos recibió sin fausto y con una sencillez que sin duda alguna hubiese chocado al embajador, á no saber luego que esa sencillez era hija de las costumbres de ese personaje, que parecia llevar una vida muy austera. Ese ministro era un mollah, y en esa calidad se le encargó de la educacion de Mehemed-Chah. Ese personaje amaba mucho á su discípulo, por manera que cambiando de posición cuando él, llegó á ser su ministro luego que subió al trono.

No tan solo dirigia todos los negocios del Estado, sino que habia obtenido de su señor una confianza sin limites. El chah no se ocupaba de ningun negocio, de modo que el soberano poder se hallaba en realidad en manos de Hadji-Mirza-Agassi.

La fisonomia de ese personaje era muy particular; tenia una nariz larga inclinada sobre una boca sin dientes; un bigote muy poco poblado, ojos garzos y pequeños, pero vivos, un ademan brusco y un aire bastante sagaz.

Ese viejecillo era, como buen persa, vanidoso al exceso, y además era un poco poeta y muy hablador. Hadji-Mirza-Agassi tenia demasiado talento para dejar de comprender la superioridad europea; pero al mismo tiempo era tambien demasiado fanático para reconocerlo.

Su carácter no era rígido, de modo que se dejaba dominar por la influencia extranjera cuando esta se presentaba bajo la forma de amenazas ó de presentes.

Por otra parte, ignoraba todo lo que no estaba contenido en el Alcoran, consagrando casi todo su tiempo á la devocion; pero no por eso dejaba de tener la pretension de conocer bien los asuntos políticos; pues su ambicion no le permitia dar á entender que ignoraba cosa alguna, y, cosa notable en un ministro, como era, de su religion, creia ser un artillero consumado; y así es que quiso conservar el puesto de gran maestro de artilleria.

Nuestra visita á Hadji-Mirza-Agassi fué muy corta, pues su conversacion no era mas interesante que lo exterior de su persona. La ignorancia del mollah se dejaba ver siempre que se alejaba de los lugares comunes de la cortesía para entrar en materias un poco serias. Nosotros no podiamos casi contenernos, y perdiamos nuestra gravedad al ver al hombrecito comentar sus palabras por medio de gestos grotescos, y dar puñetazos encima de su gorro haciéndole tomar mil formas diferentes.

Esa pantomima singular significaba, segun las disposiciones del personaje, tan pronto la cólera y tan pronto la admiracion. En fin, en resumidas cuentas, el Hadji nos recibió muy bien, acompañando á sus palabras un té excelente y pasteles muy buenos.

Al salir del palacio de Hapht-Dest atravesamos el campo real, que estaba establecido en derredor de la mansion real, sobre la orilla del Zenderoud y enfrente de la ciudad. Las tiendas de la tropa se hallaban alineadas con orden enteramente militar, segun el arma ó regimiento á que pertenecian. Entre ellas se veian algunas mas grandes y mas hermosas que servian de residencia á los ministros, á los oficiales de la casa real y á los generales que hacian parte de su acompañamiento.

El aspecto de esas tropas era marcial; el servicio se hacia á la europea; la artilleria tenia sus piezas en buen estado y con centinelas, y los caballos estaban atados detrás de las tiendas. La caballeria estaba detrás de la artilleria.

A la izquierda y al mismo lado del palacio en donde estaba el soberano, la infanteria habia armado sus tiendas bajo los árboles, y los regimientos se distinguian unos de otros por el color del uniforme.

La guardia real con sus uniformes encarnados ocupaba el primer lugar, y luego se presentaban los regimientos con sus chaquetas azules ó amarillas. En medio de todas esas tropas se oia de vez en cuando sonar la caja, la trompeta ó la voz del mollah que anunciaba la oracion. Tambien se veian allí los *hach-pass*, ó cocineros, circulando con sus platos de *pilau* sobre la cabeza y sus asadores con sus cuartos de carnero, ó bien los comerciantes que iban y venian vendiendo tabaco de Chiraz.

El campamento podia contener como unos seis mil hombres y dos mil caballos que habian acompañado á Mehemed-Chah.

Tanto en Ispahan como en Teheran, no empleamos en las visitas oficiales mas que el tiempo estrictamente necesario, consagrando la mayor parte del dia en ver la ciudad y observar el carácter de los habitantes. Desde un principio habiamos tratado de saber cuál era el origen de Ispahan, qué papel habia desempeñado en la antigüedad, y pronto reconocimos que las dos cuestiones eran difíciles de resolver.

Por una parte, los geógrafos antiguos dan el nom-

bre de *Aspa* ó *Aspadana* á una ciudad cuya posición topográfica parece corresponder á la de la capital de la Persia; y por otra, no nos dan ningun informe que nos ayude á sentar la identidad, por manera que se titubea naturalmente en tomar, como indicio serio, la conformidad de nombre que existe entre *Aspadan* ó *Ispanzan*.

En cuanto á los escritores orientales, los unos hacen remontar el origen de esa ciudad á los tiempos fabulosos de la dinastia de los *Pichdadiens*, quienes aseguran que era la capital del Iran 700 años antes de Jesucristo. Otros creen que Ispahan debe su existencia á la reunion de dos pueblos, el de Cheheristan, fortificado por Alejandro, y el de *Yaondieh*, fundado por Nabucodonosor, de modo que entre versiones tan diferentes, no puede menos la erudicion de confesar su incompetencia.

Sea lo que fuere, Ispahan es, sin disputa, una de las mayores ciudades del orbe. El espacio que ocupa no es menor de diez leguas de circunferencia; pero en ese perimetro inmenso es preciso comprender los arrabales, pueblecillos, palacios ó jardines, unos habitados, los otros arruinados, todos haciendo continuacion y formando una sola ciudad.

Esa extension ha producido esta frase de los persas, que ha llegado á ser popular, á pesar de su exageracion oriental: *Ispahan es la mitad del mundo*. Su poblacion parece haber disminuido mucho de doscientos años á esta parte, pues los viajeros del siglo XVII le han dado seiscientos mil almas; pero hoy dia tan solo tiene unas cien mil almas, segun la estadística actual. La continua fluctuacion de la poblacion, y las frecuentes emigraciones en toda la Persia, causaron errores que hacen bastante difícil la aplicacion de la estadística en las poblaciones del Izan.

Además de esas causas, es preciso añadir la falta casi total de estados de empadronamiento ó documentos civiles que indiquen el nacimiento y la suerte de los ciudadanos. Esa falta de estadística oficial ha motivado cálculos un poco ingeniosos de ciertos viajeros que quisieron hallar el guarismo aproximativo de la poblacion en el número de carneros que se matan en la carnicería; pero además de que los persas comen poca carne, es preciso observar que la mayor parte de los habitantes son muy pobres, y por consiguiente, casi no comen otra cosa que pan, leche y legumbres.

A pesar de esa disminucion tan considerable de habitantes, Ispahan no ha dejado de conservar un aspecto sumamente grandioso; y casi se puede decir que el efecto que produce esa ciudad en el dia, no debe ser menor del que producía en los tiempos de su brillante esplendor.

Las casas ó los barrios abandonados en Persia no tienen exteriormente y no presentan á la vista ese aspecto triste que advertimos en nuestro pais.

Las casas no tienen fachada hácia la calle; nada es aparente, de modo que todo aquello que contribuye á hacer la casa cómoda y agradable, y todo lo que constituye el lujo se halla en el interior, oculto detrás de las paredes que presentan un obstáculo á los que pasan; y de ahí resulta que es muy fácil equivocarse y recorrer ciertos barrios de Ispahan, sin figurarse que las casas están desiertas y cayéndose á pedazos.

Los monumentos mas notables de la Persia moderna, y sobre todo de Ispahan, son, á no dudarlo, las mezquitas; de modo que, si se quisiese juzgar la devocion de los pueblos por los gastos de embellecimiento que hacen en los edificios destinados á la adoracion del Ser Supremo, no podría menos de creerse que las naciones del Oriente son mucho mas religiosas que las del Occidente.

(Se continuará).

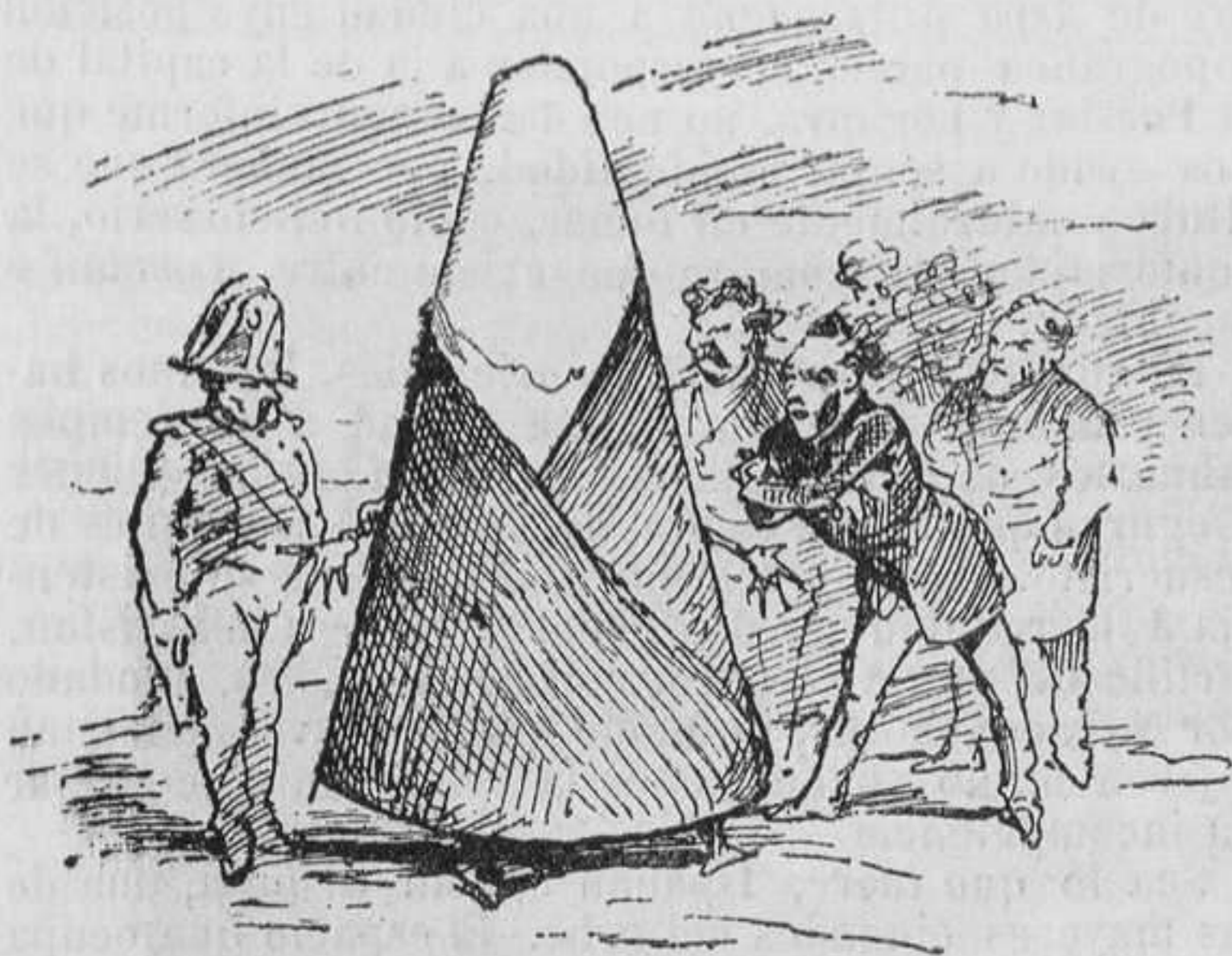
Ejercicios de tiro del ejército prusiano.

Despues de haber iniciado á nuestros lectores en las maniobras mas usuales del ejército alemán de ocupacion, vamos á dar hoy á conocer los ejercicios de tiro de su infanteria.

El dibujante del periódico, que acaba de recorrer las provincias anexadas, ha hecho varios dibujos de los cuales hemos publicado algunos, como los de las defensas de Belfort, las disposiciones contra la caballeria por medio de un sistema de alambres y las columnas de ataque.

Nuestro grabado de este número representa el tiro de los prusianos, ejercitándose sobre blancos móviles.

Todo el mundo sabe que con las armas actuales las batallas consistiran en combates de tiradores sobre una grande escala, y que la victoria será infaliblemente de la tropa que posea los mejores tiradores. Así sucede que en Alemania se trabaja mucho para transformar á los soldados en buenos tiradores, movimiento que se ha acentuado todavia mas desde que el ministro de la Guerra ha decidido reemplazar el antiguo fusil Dreyse por el fusil Mauser. Este fusil tiene analogia con el Chassepot, puesto que la culata móvil se mueve en el sentido del eje del cañon. Los oficiales prusianos han comprendido que la instruccion de tiro actual, redactada en 1864, para un fusil que perdía toda precision mas allá de 400 metros, necesitaba ser modificada.



Cuestion de los azúcares.

— Los cálculos eran que nos debíais dar 65 millones, ¿en dónde están?
— Se han derretido.



Cuestion de los azúcares.

— Tiene la culpa la pícaro caña.
— Tiene la culpa la tosca remolacha.



Cuestion de los azúcares.

— En castigo, el cuestor M. Baze suprime el vaso de agua en la tribuna.



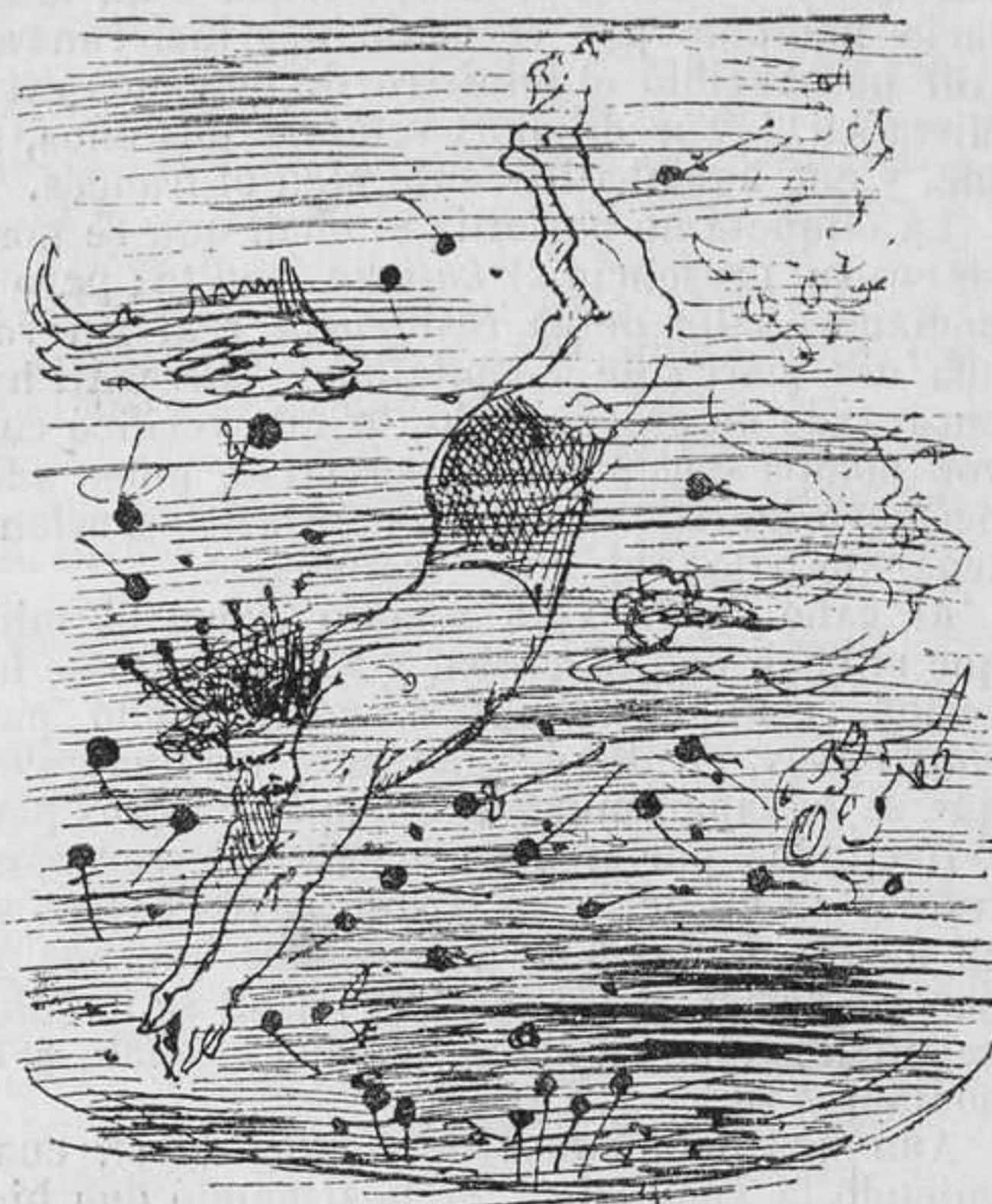
Modas.

— Es precioso ese sombrero Rabagas; y debe ser magnífico para resguardar del sol, del viento y de la lluvia.



Modas.

Sombrero-fusion. — Ala en diadema, adorno de flores de lis, plumas de gallo, cintas parlamentarias, rodete no radical y esencia de violeta.



En la Grande Opera.

Ejercicios acuáticos. (El acto segundo pasa en el fondo del mar).



Las Irinis (Odeon).

— ¡Bravo, señor autor! Necesitamos emociones dulces y Vd. nos habla en griego.



La Petite Reine (Bufos).

El público de los Bufos ve conmovido como se casan madama Pesehard y madama Judic en presencia de Desiré. Es un cuadrito imponderable.



La comision de revision de la ley electoral.

— ¡Pues está visto que nuestro encargo es fácil!



La Mujer de Claudio.

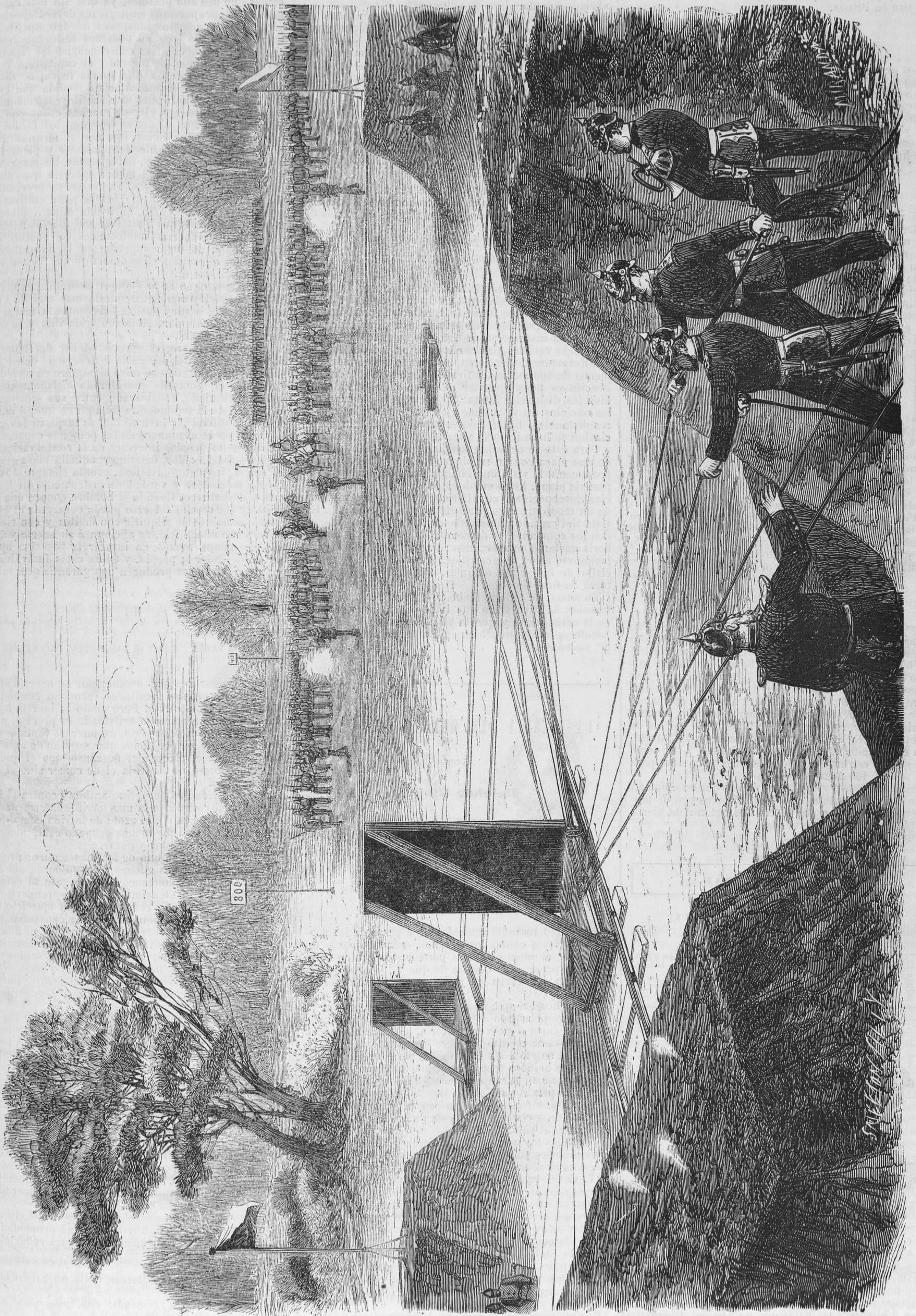
— Buena ó mala, la comedia da entradas, y si no dígalo el cajero.



Offenbach ofreciendo partituras á puñados.



— Como facultativo, aconsejo á Vd. que hable lo menos posible; tememos la fatiga para su preciosa laringe.



LOS EJERCICIOS DE TIRO DE LAS TROPAS PRUSIANAS. — Los blancos móviles.

Hé aquí los principios generales de la instrucción del tiro en Prusia.

EJERCICIOS PREPARATORIOS.

Los primeros ejercicios de los reclutas son casi los mismos en todas partes. Los alemanes añaden el tiro con varilla, que consiste en tomar una varilla de dos metros de larga que se rodea con el dedo meñique de la mano izquierda, sirviendo de apoyo al fusil el pulgar y el índice. Una vez que conocen este ejercicio, les enseñan la puntería sobre un blanco móvil de que hablaremos más adelante.

CAMPOS DE TIRO.

El reglamento ordena que cada regimiento de infantería debe tener por lo menos un campo de tiro de 600 metros y seis de 300. Con el fusil Dreyse estas distancias son suficientes; pero con el Mauser tendrán que doblarse, y es de creer que en la mayor parte de las poblaciones ocupadas, los coroneles habrán exigido los campos de tiro de reglamento. Los altos destinados á recibir las balas se forman cuidadosamente, pues los cuerpos tienen derecho á la mitad del plomo que encuentran, por el cual reciben un equivalente en cartuchos con balas ó en dinero ó en materias para fabricar cartuchos.

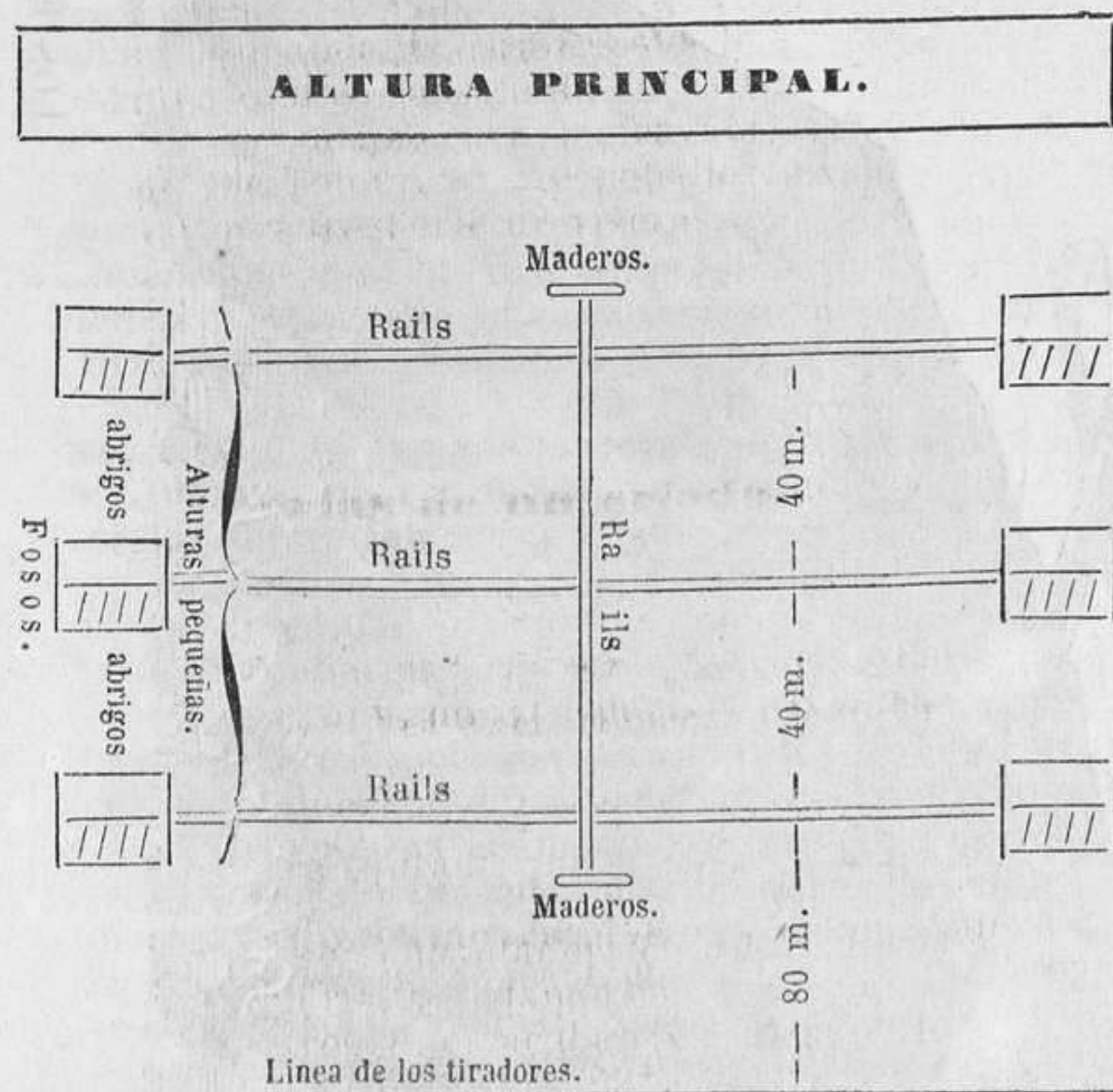
MUNICIONES.

Las tropas alemanas reciben anualmente: para el ejercicio de reclutas, 4 cartuchos por hombre; para el tiro en blanco, 150 cartuchos por hombre; 4,000 cartuchos para cada batallón de cuerpo de ocupación, cuando pasa su efectivo de 600 hombres. Añadiendo por término medio, 25 cartuchos por hombre, que se dan en cambio del plomo encontrado ó como suplemento, resulta que los soldados alemanes se encuentran en tres años dos veces más ejercitados en el tiro al blanco que los franceses que pasan cinco años en las filas. Estos gastan 34 cartuchos multiplicados por 5, ó sean 270 cartuchos, en tanto que los alemanes gastan unos 175 multiplicados por 3 ó 525.

LOS BLANCOS.

Los prusianos hacen uso de cuatro especies de blancos. El blanco número 1, tiene 2 metros de alto sobre 1 metro 33 de ancho. El número 2, igual altura, con 50 centímetros de ancho y lleva pintado un soldado de infantería. El número 3, que es el que más se usa para largas distancias, tiene 2 metros de alto sobre 2 metros 66 de ancho. Para los tiros de mando colocan justapuestos, cierto número de estos blancos reuniéndolos por sus bordes de 2 metros ó por los de 2 metros 66. En el primer caso figuran la infantería, y en el segundo la caballería. El número 4, no tiene más que 33 centímetros de diámetro y no sirve para más allá de 150 metros.

Los blancos 1, 2 y 4, son los únicos que se emplean como blancos móviles; los dos primeros son de fundición, les sostienen por detrás dos listones de hierro y están montados sobre ruedas.



Un doble rail de 80 metros de largo se extiende perpendicularmente al sitio ocupado por los tiradores, y se acaba á 80 metros de estos últimos, y unos maderos, contra los cuales vienen á pegar la rueda, detienen á los blancos. A 80, 120 y 160 metros de los tiradores, este doble rail está cortado á ángulo recto por tres vías transversales que á la izquierda y á la derecha llegan por detrás de las alturas pequeñas. Al extremo del campo de tiro está la altura principal en donde vienen á hundirse las balas que no dan en el blanco;

las pequeñas alturas laterales, con su foso, sirven de abrigos á los hombres que mueven los blancos por medio de cuerdas á la voz de un oficial que trasmite un corneta. La velocidad de reglamento del blanco móvil es de 120 pasos por minuto.

Parece ser que los ingleses son los primeros que han hecho uso de los blancos móviles en el polígono de Woolwich. En sus experiencias con gruesas piezas de marina destinadas á tirar sobre blancos casi siempre móviles, tenían que calcular el desvío lateral del blanco durante el trayecto de la bala, y saber también si había tiempo de cargar la pieza antes de que el blanco no estuviese fuera de alcance.

Bajo este concepto, imaginaron unos grandes bastidores que andaban sobre ruedas y arrastraban caballos.

La idea es ingeniosa y merece ser adoptada, pues tiene la ventaja de ejercitar á los hombres á tirar sobre una tropa en marcha y de variar los ejercicios de tiro.

CÁLCULO DE LAS DISTANCIAS.

Por causa de la adopción del fusil Mauser, la parte de la instrucción relativa á este punto, deberá modificarse. La *Gaceta* de Darmstadt, redactada por hombres competentes, sostiene, en primer lugar, que gracias á una buena instrucción de tiro, los soldados alemanes han hecho casi desaparecer la inferioridad del Dreyse, relativamente al Chassepot, acercando las distancias á menos de 400 metros, y tirando dentro de este límite. Preciso es pues ejercitar á los soldados á calcular bien las distancias hasta 300 metros; y en cuanto á los oficiales, su vista debe ejercitarse hasta las mayores distancias, hasta 1,000 metros. Mas allá la apreciación se hace ilusoria para el fusil de infantería.

Para esto se debería reemplazar el soldado pintado en una placa con un maniquí relleno cuyos contornos producen á la vista una imagen más real que una superficie plana. Estos maniquíes se colocarían á distancias desconocidas, en diferentes posturas y vestidos de un modo grotesco para distraer á los hombres. En vista del crecido número de cartuchos de que disponen los comandantes de compañía, más del tercio debería gastarse en ejercicios más variados que el tiro monótono sobre blancos fijos. Con el alcance y la precisión de las armas actuales, el infante debe ejercitarse en tirar tendido.

En suma, de todo lo dicho se desprende que la instrucción del tiro tiene una importancia considerable en la actualidad, y que la Francia, como las demás naciones, harán muy bien en imitar en este punto á los alemanes.

A. W.

LA CIENCIA DEL HOMBRE DE BIEN,

POR

Melchor Gioja.

LIBRO PRIMERO.

(Continuacion. — Véase el número 1,048.)

Es verdaderamente sensible que á pesar de las muchísimas leyes contra los desafíos, crean no pocos todavía que el duelo es medio para decidir quién tiene razón. A pesar de la certeza de que las loterías públicas ganan, una turba de jugadores lleva su dinero á la lotería.

III. El hombre que no sabe leer, escribir, contar:

1º Se ve precisado á depender de los demás, si recibe una carta ó quiere escribirla, si desea reconocer una cuenta de crédito ó quiere formarla.

2º Está sujeto á los engaños de personas poco delicadas con quienes tenga compañía en algún negocio.

3º Sufre los males que proceden del olvido.

4º Está privado de los infinitos placeres que se cogen en los momentos de ocio con la lectura de libros agradables, y como le falta este recurso se abandona al juego ó al vino.

5º Ignora los nuevos medios industriales que se difunden en los papeles públicos para uso de los artistas, ó es el último que sabe de ellos.

IV. Cada producción tiene sus métodos particulares que es preciso conocer, y sus inconvenientes que es necesario evitar. Hay que elegir materiales, seguir progresos, observar tiempos, verificar productos, reconocer situaciones... hay modos de producir, hay modos de conservar... Sin un fondo de instrucción no se puede adelantar, ni aun en el oficio de mozo de cordel; pues también este tiene sus reglas para bajar, subir y moverse en medio de estorbos con poco trabajo y el mínimo posible deterioro de los objetos transportados.

Es pues, evidente la necesidad de conocernos á nos-

otros mismos, las cualidades que poseemos y las acciones que nos son posibles, ya que sin este conocimiento nos ocuparemos en negocios desventajosos, en profesiones que somos incapaces de desempeñar, en compromisos de que no podemos salir con honra, siendo de esto necesarias consecuencias las repetidas pérdidas de tiempo, de fuerzas y de capitales.

Aun cuando es muy útil la fuerza física, se disminuye la necesidad de aumentarla á medida que crece la fuerza intelectual; pues esta sustituye las máquinas á nuestras acciones, y ejecuta muchas cosas con poquísima fatiga: en el día se levantan los fardos sin esfuerzo, las inundaciones van por sí mismas á los ríos, manos invisibles hienden maderas y piedras, el vapor mueve los molinos, los aparatos, las masas más pesadas... y el hombre es menos operario que director de sus propios trabajos. Ya no se ve precisado á ser sucio, ordinario, medio bestia para cultivar un campo, fabricar una casa, abrir una mina... Libre de las penosas faenas que agotaban sus fuerzas físicas y debilitaban sus fuerzas intelectuales, el hombre instruido ocupa un lugar superior en la naturaleza, y domina los elementos y los animales que tienen más fuerza física que él.

Además, aunque no es siempre asequible aumentar la fuerza física y menos extenderla más allá de ciertos límites, es si muy posible acrecentar la fuerza intelectual en cualquiera situación de la vida y llevarla á grados indefinidos.

Luego el primero, el esencial deber del hombre, aun que se vea aislado, es la instrucción; deber que sube de punto cuando se mira el hombre en sociedad. Pues si « el ignorante considerado aisladamente es imagen del miedo, considerado entre sus semejantes es imagen de la ferocidad. » De aquí es que, á medida que se difunde la instrucción, se mejoran las costumbres, crece el número de las personas capaces de reconocer los propios intereses en la conservación de las leyes establecidas, disminuye aquella masa popular activa, inquieta, envidiosa, pronta siempre á auxiliar las facciones, y verdadero instrumento de anarquía y despotismo. Cuando el hombre conoce que por sí solo y sin mucho esfuerzo puede conseguir el bienestar que habría de adquirir con delitos y con riesgo de verse en el suplicio, se aficiona á su suerte y á su país; se ocupa menos en invadir la posesión ajena que en defender la propia, y todas estas individuales recíprocas defensas producen una garantía general.

III.

SEGUNDO DEBER: EMPLEAR LAS PROPIAS FACULTADES.

Todas las razones que demuestran la necesidad de aumentar las propias facultades, prueban también la necesidad de emplearlas. Pero como la inercia habitual al hombre reprime la actividad, es preciso, para mayor ilustración del asunto, exponer las ventajas que siguen á esta y los perjuicios que resultan de aquella.

1º No gusta el placer del descanso sino el que ha trabajado, como no disfruta el de comer sino el que tiene hambre.

2º La actividad es peregrino antídoto contra el fastidio, el cual constituye la más terrible enfermedad de los que nada hacen (1), el azote de la vida como de la economía; pues el que menos ocupado está, más necesidad siente de gastar y gozar.

3º La ocupación es uno de los más seguros preservativos contra los desórdenes y languideces del ánimo. Si te oprime la melancolía, entrégate al estudio y al trabajo: si tu atención rehúsa desprenderse del objeto que te molesta, recurre á algún ejercicio violento, llévale hasta el punto de sentir cansancio, y el placer subsiguiente del reposo suspenderá el dolor y dejará campo á la reflexión. Es una verdad demostrada por la experiencia, que en el « ocio somos más sensibles á los males físicos y morales; » pues fijándose en el ánimo los pensamientos molestos, porque no los debilitan las fuerzas distraentes, degeneran en locura.

4º La inacción enmohece las facultades del espíritu, como se enmohecen los instrumentos que no se usan; de aquí nace que no se hallan expeditas y prontas en el momento de mayor necesidad, lo cual equivale á pérdida de eventualidades favorables y á realización de eventualidades siniestras.

5º El ocio y la inercia son disposiciones que conducen infaliblemente al vicio. Sin deseos, sin proyectos, sin esperanzas, es la vida solo tristeza y languidez, y no hay necesidad ó impertinencia de que no sea capaz el hombre ocioso para huir de esta insípida vegetación. El ocioso se abandona á la embriaguez, á la crápula, á la liviandad, destruye sus facultades, pierde el crédito y los bienes, se hace molesto á los demás, y fácilmente se inclina al crimen: entre 100 ahorcados, los 95 vivieron ociosos en su juventud.

6º Mientras tú duermes, el tiempo destruye sin ruido, pero también sin interrupción, tus propiedades; la astucia da vueltas al rededor de tí para robártelas;

(1) — Me fastidió mortalmente, decía un hacendado á su arrendador.

— No me sorprende, respondió este, pues para usted todos los días son domingos.

la enemistad entorpece el curso de tus proyectos, y las ocasiones favorables pasan sin retroceder nunca más. Cuando despiertes, tu casa estará en el suelo, robados tus bienes, y sentados tus enemigos en el puesto que tú apetecías.

7º No retengas tu dinero en la gaveta en vez de hacerlo producir, ni dejes tus tierras sin cultivo.

« ¿Quieres saber la razón por qué tu vecino tiene dos platos en su mesa, y tú pan solo? dice Franklin: porque él estaba en su tienda mientras tú en la cama, en el paseo, en el juego... El hombre activo despacha cien quehaceres con menos incomodidad que el indolente... La inercia todo lo halla difícil: la actividad sabe allanar cualquier obstáculo... Si te levantas tarde cuando viajas, tendrás que correr todo el día, y acaso no conseguirás concluir la mitad de tus negocios, por excesiva tardanza. En el viaje de la vida, la pereza se arrastra con tanta lentitud, que llega á alcanzarla la pobreza, aun cuando distasen mucho en el principio... Alimentate con esperanzas, y morirás de hambre. Nada se logra sin trabajo, y quien carece de patrimonio debe ejercitar sus diez dedos para adquirir pan. La industria paga sus deudas, el desaliento las aumenta. El pezo rezo vende los bueyes y el arado, el industrioso buen grano y vino... Trabaja hoy, ya que ignoras cuál siniestro acaso puede venir mañana... La industria va constantemente acompañada del placer, de la abundancia y del respeto. Cuando yo tenía buen vino en mi mesa, llevaba un vestido de paño y vivía en una cómoda habitación, todos me saludaban con sombrero en mano... No gusto de los hombres inconstantes, pues nunca he visto que los árboles trasplantados muchas veces prosperasen como los que permanecen fijos en su puesto. Lo mismo sucede con las familias: muda tres veces de casa, y sufrirán tus muebles el mismo deterioro que en un incendio. Quédate, pues, en tu tienda, en tus almárenes, en tus negocios. Antes sastré, ayer peluquero, hoy ebanista, serás mendigo mañana. »

Levantándose cada día media hora antes que tú, tendré con que vivir si caigo enfermo; mientras tú te verás precisado á trabajar aunque estés con calentura. Yo recobraré mis fuerzas con un día de descanso; tú, estando enfermo, agotarás las tuyas con un día de trabajo.

Para adquirir una destreza útil, dice Weiss, nos convendría ejercitarnos en hacer con rapidez las cosas más comunes, según el principio militar de nunca emplear tres minutos cuando bastan dos. Esta costumbre, además de economizar tiempo, aumenta la alegría, la agilidad y también la gracia. Apenas es creíble hasta dónde puede llevar la industria corporal esta incansable premura de hacer las cosas pronto. En algunos talleres se ven operarios ocupados en trabajos, de que cualquiera se cree capaz, hacer más en una hora que pudiera en todo un día la mayor parte de los hombres.

8º El hombre activo encuentra auxilio, porque puede prestarlo; obtiene capitales á crédito porque puede restituirlos, y es llamado para lucrosos cargos porque puede desempeñarlos. ¿Halla por ventura tantos compradores un caballo cojo como otro ágil y dotado de excelentes piernas?

9º Todos desprecian al hombre ocioso, pues le consideran como un zángano que vive á costa de las abejas, y ningún gobierno prudente le admite en los cargos ni en los honores civiles. Las leyes de Dracon castigaban en Atenas el ocio con penas de muerte, á título de hurto hecho al público; y no eran menos severos los egipcios. Un hombre cuya única habilidad consiste en consumir vegetando la herencia paterna, es menos estimable que un jumento que lleva la albarda ó tira de una carreta; y al cabo el jumento, cuando muere, deja la piel que sirve para algo.

10. Siendo casi siempre la riqueza hija de la actividad, conviene reconocer en esta las ventajas de aquella. Además, la riqueza da en la pública opinión un peso, una consideración, una autoridad que la pobreza jamás consigue; y en todos los escalones de la sociedad produce efectos proporcionalmente iguales. Las riquezas de Creso le colocaron entre César y Pompeyo, las de Lépido le asociaron á Antonio y Octavio. Por igual razón el hombre industrioso y provisto de capital es buscado por otros capitalistas cuando se presenta ocasión de gran lucro; se le admite en lugar preferente en las reuniones privadas; es llamado para los cargos municipales en los pueblos cortos; ve que á una sola seña suya corren mil personas, porque todos saben que puede recompensar.

11. La independencia es la primera necesidad del sabio, pues aunque la filosofía puede limitar las necesidades, no la es dado destruirlas; luego si tus medios de subsistencia son escasos, aplicate á una profesión para aumentarlos, ya que la historia de Anaxágoras, si es verdadera, da espanto. Este filósofo debía su manutención á la munificencia de Pericles: olvidó su protector un poco de tiempo, y viéndose próximo á morir de hambre, le dijo: « Cuando se quiere mantener encendida una lámpara, es preciso echarla aceite. » Si Anaxágoras, una vez que contaba con escasos medios, se hubiese aplicado á la agricultura, á las artes, al comercio, á la instrucción de los niños, ó á otra cosa, no se habría visto reducido á semejante extremo. Además, no es muy raro que la vanidad de la cuna ó de la primera profesión retraiga de un oficio lucrativo. Un noble arruinado rehusa entrar en el comercio; un profesor que ha perdido su cátedra se

desdeña de enseñar el alfabeto. Uno y otro, con todos sus numerosos compañeros, pasan los años subiendo y bajando escaleras ajenas, mendigando un empleo, haciendo la rueda á los necios á quienes desprecian, sufriendo el orgullo, la insolencia, los insultos de los porteros, antes que rodearse de niños deseosos de instrucción, y obtener los sufragios de los padres de familia. La dulzura de la pereza se insinúa mientras tanto en su ánimo, acaban por amar aquella holgazanería que aborrecían primero, y paralizadas de este modo sus facultades, les es imposible apreciar la verdad de la máxima que dice: « No confíes sino en tí mismo. »

IV.

TERCER DEBER: CONSERVAR LAS PROPIAS FACULTADES.

§ I. TEMPLANZA.

Observaciones generales.

I. El exceso del placer y del dolor puede destruir igualmente nuestra máquina, pues:

1º Una madre que creía á sus hijos muertos en el ejército, se vió de pronto en sus brazos: el exceso de la alegría la sofocó instantáneamente.

No es necesario observar que el exceso del placer se convierte en sensación dolorosa, como lo prueban los repetidos ayes del que ríe á carcajadas, llevando la mano al diafragma como para hacer cesar su violenta convulsión.

2º Una madre sanísima recibe improvisadamente la noticia de la muerte de su hijo único: palidece, se desmaya, y en pocas horas sucumbe á su dolor.

II. No hay, rigurosamente hablando, dice Foderé, profesión alguna que exima del delirio, si se exceptúan aquellas que se ocupan habitualmente de las ciencias morales; ya que no vemos que los antiguos filósofos ni los actuales maestros de este ramo hayan sufrido semejante enfermedad; pero evidentemente nos consta por propias ó ajenas observaciones, que:

1º Entre la gente rica, las profesiones que dan más locos son aquellas que más favorecen el excesivo deseo de honores y riquezas.

2º Entre la gente pobre, las principales causas del delirio son la esperanza ó « la tentación de enriquecer sin trabajo, y el libertinaje. »

3º Las profesiones que exigen continuo ejercicio corporal son las que mejor preservan de esta cruel enfermedad.

III. Los resultados de los hospitales de locos, mirados con respecto á la edad, son los siguientes:

1º Las edades en que son más activas las pasiones (desde veinte á cincuenta) están más sujetas al delirio crónico. Exceptuando el caso de vicio hereditario, no aparece la locura antes de los quince años.

2º Las mujeres, como menos capaces de refrenar y moderar sus pasiones, están más expuestas á la locura en ciertas circunstancias, hasta los cuarenta años.

3º Después de esta edad, la avaricia y la ambición, que ocupan en nuestro sexo el hueco de las pasiones juveniles, nos exponen más al delirio.

4º A la edad de sesenta años, época en que empezamos á separarnos de las cosas exteriores, estamos menos expuestos al delirio crónico, exceptuando el caso de demencia senil.

5º Esta demencia puede anticiparse muchísimo; el abuso de los placeres, las pasiones demasiado vivas, la vida irregular destruyen al hombre rico en su primera juventud y le disponen á una demencia prematura, siempre más tardía en las clases que tienen que llevar una vida laboriosa.

Queda, pues, demostrada en general la necesidad de la templanza y de la moderación, ya que hemos probado que en el ejercicio de nuestras facultades hay límites, más allá de los cuales solo se encuentra degradación, dolor y muerte.

Observaciones particulares.

Allí donde acaba la necesidad es donde empieza la hartura, y quien no sabe moderar sus placeres, los ve marchitarse cuando va á cogerlos. Tal es la constitución de nuestros órganos que estos exigen un intervalo entre la satisfacción de una necesidad y su reproducción. No es posible llenar este intervalo con placeres análogos; y los reiterados esfuerzos, lejos de hacernos llegar al objeto propuesto, debilitan toda la sensibilidad: un paseo moderado gusta; una carrera precipitada cansa. Bebe más de lo que consienten tus fuerzas, y sucumbirás á la embriaguez. Análogos efectos se observan en el abuso de todos los placeres físicos, y son los siguientes:

1º Disminución de fuerzas físicas. A medida que disminuyen estas, los placeres de la vida se reducen á la pesadumbre de no poder usarlos: no podemos ir al teatro cuando queremos; es preciso privarnos de una sociedad apetecida; no hay que pensar en asistir á una comida de amigos... Por otra parte, disminución de fuerzas es igual á disminución de trabajo y por consiguiente de lucro.

2º Enfermedades de todas especies, más ó menos dolorosas. « Los mejores libros de moral son los li-

bro de medicina. » En ellos están desenvueltos los terribles efectos de los vicios de la embriaguez, de la crápula, de la vaga Venus, del onanismo. Cualquiera puede ver en ellos que « los hombres viciosos emplean una parte de su vida en hacer infeliz á la otra, ó en apresurar su término. Además de los dolores que acarrea la intemperancia y de los placeres que sustrae, es preciso calcular los lucros de que priva por trabajo interrumpido, los daños que causa por gastos de medicina y asistencia, sin hablar de la flor de la belleza que marchita antes de la edad señalada, y de la fetidez que acaso comunica al aliento.

3º Disminución de fuerzas intelectuales. Cualquiera puede observar diariamente que después de una comida abundante disminuyen muchísimo tanto la facultad como el deseo de pensar; que el exceso de los licores altera el dominio del ánimo sobre las ideas lo mismo que sobre los miembros; de aquí es que mientras vacila el cuerpo y rehusa la lengua pronunciar con distinción, el juicio se ofusca y la memoria se embota. Luego es evidente que los excesos repetidos deben impelerlos hácia un estado de estupidez habitual, como demuestra la experiencia. El abuso de los placeres venéreos, dice Virey, entristece, abate, hace envejecer antes de tiempo, y destruye la memoria.

4º Peligro de ejecutar acciones nocivas á los demás, y por consiguiente sujetas á las leyes penales, como á menudo sucede por embriaguez y lujuria.

5º Pérdida de placeres sociales. Muchas familias dejarán de admitir en su casa al libertino, al ébrio, al vicioso: muchas reuniones le excluirán de sus partidas de recreo; las personas honradas esquivarán su compañía en público.

6º Pérdida de eventualidades lucrativas. Nadie le confiará su hacienda: no se aceptará su mano para el matrimonio que apetece: será excluido de los empleos: cuando sobrevenga un desorden, las primeras sospechas recaerán sobre él, y hallarán sus hijos mil obstáculos para sus adelantamientos.

7º Disminuyéndose por un lado los bienes con el abuso de los placeres, y creciendo por el otro la necesidad con el hábito, se llega á un estado constantemente penoso, al estado de Apicio, gloton sublime, que después de haber consumido para su estómago 100 millones de sextercios, hizo al cabo sus cuentas, y hallando que le quedaban otros 10 millones, desesperóse como si tuviera que morir de hambre, echó veneno en su última comida y acabó de penar.

En general: la excesiva afición á los placeres físicos se trueca en desesperación ó dolor agudísimo, cuando por cualquier desgracia nos vemos privados de ellos.

8º La intemperancia disminuye el placer de las almas nobles, la libertad; pues, exhausto nuestro peculio, ó descontentos con él, vamos mendigando auxilios ó empleos; esto es, vendemos nuestro tiempo por una libra de carne ó un vaso de vino.

En resumen, hallamos que haciendo los placeres menos frecuentes, se gana en intensidad lo que se pierde en número, y acaso se puede aumentar el número moderando la intensidad. La experiencia de todos los tiempos ha demostrado que « la larga vida y la exención de enfermedades son hijas de la sobriedad y de la templanza. »

La templanza en todas las cosas es la principal virtud del sabio y la que particularmente le distingue del vulgo. Su fuerza de ánimo retiene en ciertos límites las necesidades, para que estén en proporción con los medios de satisfacerlas.

Las reglas generales para conservar las fuerzas físicas se reducen á las siguientes:

1º Moderación, sobriedad, templanza en el ejercicio de las facultades y en el uso de los placeres, como he demostrado hasta aquí.

2º Sumo cuidado en evitar el tránsito muy rápido del calor al frío, pues la mayor parte de las enfermedades procede de haberse suprimido la traspiración.

3º Un ejercicio moderado, con el cual se pueden precaver las obstrucciones de toda especie; piés enjutos.

4º Un aire puro que favorece las funciones del cerebro, del estómago y del pecho: la privación del aire sano es una de las mayores gabelas que se pagan en las grandes ciudades.

5º La limpieza en los vestidos y habitaciones. El desaseo de nuestros mayores era causa de las infinitas enfermedades cutáneas que padecían.

6º El imperio sobre las pasiones, y aquella suave serenidad de ánimo que acompaña al hábito de la virtud y es su primera consecuencia.

El cuidado para la conservación de las fuerzas físicas puede llegar al exceso y degenerar en vileza: entonces el medio se trueca en fin, pues buscamos la salud para trabajar y gozar, mientras aquella pusilanimidad sacrifica el trabajo y el goce á la salud, é imita al avaro que busca el dinero por sí mismo y no por los placeres que puede proporcionarle; de aquí es que, anhelando conservar, dejamos de obrar; trueque vicioso que está condenado por todas las razones que nos ordenan emplear las propias facultades.

§ II. ECONOMIA.

La economía se diferencia algún tanto de la templanza. La suma de los placeres compatible con la templanza se extiende hasta el punto de quedar intactas nuestras facultades; pero es algún tanto menor la su-

ma de placeres que la economía permite : el hombre económico ahorra el uso de los bienes que sería perjudicial por dos razones :

1º Para tener un fondo de reserva en las eventualidades siniestras.

2º Para tener un capital con que aumentar los bienes que ya posee.

I. Los males en todas las edades, la impotencia en la vejez, una prole numerosa, la muerte del cabeza de familia, la esterilidad del campo, las epizootias de los animales, la paralización de la industria, las desgracias del comercio, la pérdida del empleo, los incendios, las inundaciones, los robos, los asaltos... todas las demás multiformes desgracias que suelen desplomarse sobre la humana especie, llenando de miseria a las familias, demuestran la necesidad de un fondo de reserva, que aminore el daño improvisamente recibido.

Este fondo de reserva debe estar calculado sobre las eventualidades ordinarias y nunca sobrepasar en cierta porción al capital necesario en la propia situación, por ejemplo en 1/10. Si no tomamos por pauta aquellas eventualidades, ó dejamos llevarnos de la fantasía, caeremos en los temores imaginarios del avaro; y entonces el fondo de reserva, aunque crezca mucho, no nos parecerá nunca suficiente ó proporcionado á la necesidad.

Para formar este fondo de reserva en las clases bajas de la sociedad se han propuesto las llamadas cajas de ahorros. Muchos ciudadanos pobres concurren al establecimiento de estas cajas con algún pequeño desembolso. Aquellos en quienes se verifican las condiciones requeridas para obtener socorro, reciben cuanto otros sacrificaron á la esperanza del necesitado.

1º Dar una suma por una sola vez.

2º Dar una suma cada año por cierto tiempo.

3º Dar una suma cada año durante la vida.

El precio de este desembolso, el premio de los ahorros diarios puede recogerse de muchos modos, por ejemplo :

1º Una suma determinada después de cierto tiempo.

2º Una renta vitalicia siempre igual.

3º Una renta creciente, según ley prefijada.

4º Auxilios en tiempo de enfermedad.

5º Una suma determinada ó una renta vitalicia para la mujer y los hijos en la época de la muerte del contribuyente.

En una palabra, son posibles muchas combinaciones, y cada ciudadano sabrá preferir aquella que mejor se avenga con las circunstancias en que se halle.

Estas cajas de ahorros y socorros pueden dirigirse de tres maneras :

1º Por asociaciones particulares.

2º Por compañías.

3º Por el Estado.

« Estos establecimientos favorecen las mas dulces inclinaciones de la naturaleza, la compasión y el amor de la familia. » Por medio de ellos, los capitales que permanecerían estériles en manos de particulares, se hacen productivos, y sirven para alimentar las fábricas ó el comercio. En ellos no se encuentra el inconveniente de los juegos mas equitativos, esto es, el de hacer la pérdida mas sensible que la ganancia; pues al contrario, proporcionan el medio de trocar lo superfluo en recurso seguro y necesario para el porvenir. El gobierno debe, pues, fomentar estos establecimientos y respetarlos en sus vicisitudes; porque, apoyándose en un largo plazo las esperanzas que ofrecen, no pueden prosperar sino libres de inquietud acerca de su duración.



LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro de James Bertrand.

» gastar dinero en objetos frívolos para adquirir desplacer y arrepentimiento. Las sedas, los rasos y los terciopelos tienen admirable virtud para apagar la lumbre de la cocina... Antes de gastar un real, dale tres vueltas en los dedos y acuérdate del trabajo que te costó ganarlo...

(Se continuará).

La muerte de Virginia.

No es posible imaginar un drama mas interesante y conmovedor que el que se encuentra al fin de la novela de Bernardin de Saint-Pierre : el naufragio del *Saint-Géran* y la muerte de Virginia.

¡Qué contraste entre la alegría que causa en las dos chozas hermanas el anuncio de la vuelta de la joven, y la desesperación inmensa que su muerte produce!

No queremos ver en el cuadro mas que las dos oposiciones, sin detenernos á considerar que en el momento en que el mar ruga y en que la embarcación amenaza zozobrar á cada instante, mientras Pablo lucha con desesperación contra las olas que le rechazan, es inverosímil y exagerado que Virginia se niegue á despojarse de algunos de sus vestidos por salvar su vida. Admitiendo que el temor no ejerciera en ella ninguna influencia, parecerían que habria podido hallar un término medio que la permitiese conciliar con el pudor los sentimientos de cariño que sacrifica implacablemente.

Sea como quiera, la acción conmueve y ha debido contribuir mucho al inmenso éxito de la novela. Con efecto, ¿cómo ver que desaparece para siempre sin una emoción profunda, esa preciosa figura que ha inspirado el lápiz y el pincel de tantos artistas?

Uno de los últimos que haya abierto el libro de Bernardin de Saint-Pierre con tal motivo, es el pintor M. James Bertrand, cuyo cuadro, fruto de esta inspiración, figuró en la exposición de 1869.

Este cuadro que reproduce nuestro dibujo, representa, si no la *Muerte de Virginia*, como decía el catálogo, á Virginia muerta, en el momento en que el mar, después de haberse tragado tan bella presa, se decide á devolverla y la deposita en la playa.

Abramos la novela.

« Cuando estuvimos á la entrada del valle del río de los latanceros, nos dijeron unos negros que el mar arrojaba muchos restos de la embarcación á la ensenada. Bajamos, y uno de los primeros objetos que distinguí, fué el cuerpo de Virginia. Estaba medio cubierta de arena, en la actitud en que la habíamos visto perecer. Tenia los ojos cerrados, pero aun se reflejaba la serenidad en su frente : las pálidas violetas de la muerte se confundían en sus mejillas con las rosas del pudor. Una de sus manos estaba á lo largo del cuerpo, y la otra, apoyada en su corazón, estaba cerrada con mucha fuerza. Con trabajo saqué una cajita que guardaba, y ¡cuál no fué mi sorpresa cuando vi que era el retrato de Pablo, que ella le prometió no abandonar jamás mientras viviera! »

M. James Bertrand se ha conformado pues al texto de la novela, menos en un punto, en lo del retrato. Es de sentir que haya prescindido de tan interesante detalle.

El cuadro de M. James Bertrand se halla en el Museo del Luxemburgo. C. P.

H. Franklin recomienda la economía del modo siguiente : « No necesita el agua grande abertura para echar á fondo un buque de primer orden : los gastos pequeños multiplicados destruyen los mas pingües patrimonios... lo que sirve para alimentar un solo vicio, podría pagar los gastos de la educación de dos niños... Mas fácil es construir dos chimeneas, que mantener constante lumbre en una sola... Compra cosas superfluas, y pronto te verás en el caso de vender las necesarias... Máxima es de la locura el